



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 15 Enero 1914.-Número 3.

SUCURSAL
Rivadavia, 1.255
BUENOS AIRES

Luis Pardo García

Cayó enfermo de gravedad en Enero del año anterior, y ha luchado con la muerte hasta ser vencido el jueves. Los modestos suscriptores a *La Cruz Roja Republicana* le han proporcionado algún oxígeno, para impedir que su lesionado corazón le ahogara antes.

Al recibir yo la noticia de su muerte y que su abnegada esposa carecía de medios para enterrarle, abrí una suscripción, enviando copia de la fórmula a *El Liberal*, *El País*, *España Nueva* y *El Radical*. Decía así:

Suscripción abierta por EL MOTÍN para sufragar los gastos de enterramiento de D. Luis Pardo García, ex teniente sublevado en 1883 en Badajoz, y que ha muerto hoy 8 de Enero, a las once y media de la mañana, en la calle de Galileo, n.º 8, duplicado, después de un año de enfermedad. Se ha abierto esta suscripción por no contar su señora viuda con recursos para enterrarle, y se publica a la Prensa republicana que dirija un ruego a los correligionarios en demanda de que cumplan este deber de gratitud y de justicia:

José Nakens, 25 pesetas.

Al final de este artículo irá la lista de los que respondieron al llamamiento, dándoles aquí las gracias en nombre de la señora viuda de Pardo, y de la honra del partido republicano.

¿Qué quien era Luis Pardo?

Un teniente de caballería que se sublevó por la República el día 5 de Agosto de 1883 en Badajoz, y que probablemente hubiera llegado a coronel si no se subleva. Varios de sus compañeros son hoy generales de brigada.

Fracasado el movimiento se internó en Portugal, devolviendo a sus jefes 20.000 duros que llevaba en la maleta y habían sido confiados a su caballería.

Cuando los emigrados tuvieron que salir para Francia, allá fué él. Y en Francia pasó lo que pasa en todas partes el emigrado a quien su partido abandona al poco tiempo de sublevarse.

Regresó a su patria, merced a la amnistía de 1891.

Buscó ocupación para llevar siquiera pan a su mujer y su hija, y sus correligionarios concejales le hicieron la merced de nombrarle vigilante de consumos, después ordenanza del ramo de Fontanería y luego peón caminero; todo con largos interregnos de pan ausente.

Siendo vigilante de consumos, iban su

esposa y su hija a llevarle la comida para saborearla juntos, por no alcanzar el sueldo para hacer apartijos. Y como a veces prestaba servicio a tres ó cuatro kilómetros de su vivienda, y en invierno, cuando no llovía, helaba ó nevaba, su hija aprovechó la ocasión para agenciarse una enfermedad que la mató. Hay que advertir, para que no se suponga que lo hizo por capricho, que solía ir poco abrigada.

Y así ha pasado la vida ese hombre, soñando con la venida de la República y dispuesto a sacrificar por ella su vida, como en 1883 le sacrificó su carrera; viendo hacerse y deshacerse coaliciones, concentraciones, fusiones y uniones, crearse partidos personales; celebrarse banquetes para festejar triunfos electorales ó personajes de ocasión; doliéndose de que algunos concejales dieran que decir a los monárquicos y que los jefes republicanos no les dieran algo que hacer; oyendo recientemente a los unos justificar el fusilamiento de los que se sublevan, a otros cantar endechas al rey, a otros pasarse a la monarquía...

La última vez que lo vi hablamos de estos recientes acontecimientos, y me dijo, después de recordar a sus compañeros de sublevación, de los que sólo quedaban ya 17 ó 18, por haber muerto unos en la miseria, otros locos y suicidados algunos. «Y haber hecho lo que hicimos, para ver esto ahora! Vallera más que nos hubieran fusilado a todos!»

Ni una palabra de reproche para el partido por que se sacrificó... Ni una queja por el abandono en que se veía... Únicamente al despedirme asomaron lágrimas a sus ojos, y exclamó sollozando: «Pobre Mercedes! ¡Pobre Berta!» aludiendo a su hija muerta y a su esposa, próxima a quedar desamparada).....

Al descubrirme cuando colocaban el cadáver de Pardo en el carro, dos pensamientos, uno de tristeza, otro de ira, chocaron en mi cerebro: de tristeza, al recordar las víctimas sacrificadas inútilmente por la causa republicana; de ira, al pensar que su sacrificio no ha servido siquiera para despertar patrióticas emulaciones, sino para satisfacer en algunos correligionarios vergonzosos apetitos, reprobables concupiscencias en otros...

Al ponerse en marcha el cortejo, y ver que habían acudido poco más de una docena de correligionarios, se acentuaron mi tristeza y mi ira; pero pensé en que estábamos en período electoral, y disculpé a los ausentes. El afán por traer cuanto antes la República, debe anteponerse en todo buen republicano a meras etiquetas fúnebres.

Miré hacia el modesto cuarto donde quedaba llorando la viuda de aquel que debió ser fusilado como Sánchez Moya por faltar a la disciplina, según la moderna teoría revolucionaria, y seguí tras del coche que conducía el cadáver al cementerio civil, en compañía de Roberto Castrovido, Rafael Ureña, Toribio Fernández Morales, Ernesto Ladevese, Fernando La Jara, A. Aguilera y Arjona, José Corona, Félix de la Piedad, Martínez Sol y otros cuantos cuyos nombres ignoro.....

Señora doña Berta Blanchard, viuda de Pardo:

La angustiosa vida que ha llevado usted tantos años al lado del hombre digno enterrado el viernes...

El dolor que sufrió al perder su hija Mercedes, víctima del hambre y la desnudez...

La honda pena que experimentó al verlo abandonado que su esposo estuvo durante su larga enfermedad...

Las lágrimas que vertió al enterarse del escaso número de amigos que acudieron al entierro...

Todo esto la hace digna del respeto y la consideración de los republicanos que aún saben admirar la abnegación, y honrar la memoria de los que, cual su esposo, se sacrificaron por la causa. Y yo, en nombre de todos, doy a usted el más sentido pésame.]

JOSE NAKENS

LISTA de los correligionarios que han contribuido hasta la mañana del lunes, a los gastos del enterramiento de Luis Pardo.

	PTAS. CTS
José Nakens.....	25'00
Urbano Rojo.....	2'00
Eugenio Lebrero.....	5'00
Francisco Alonso, administrador de <i>El Radical</i>	15'00
Alejo García Moreno.....	10'00
Toribio Fernández Morales...	5'00
Félix de la Piedad.....	5'00
Aguilera y Arjona.....	5'00
José Corona.....	5'00
Rafael Ureña.....	5'00
Roberto Castrovido.....	5'00
Juan Antonio Catena.....	10'00
Miguel Tato y Anat.....	1'00
Eduardo Barriobero.....	2'00
Francisco R. Besteiro.....	1'00
Arturo Mori.....	1'00
José Antonio Palazón.....	1'00
Ramón Martínez Sol.....	1'00
Suma y sigue.....	104'00

Suma anterior.....	104'00
Ginés Rodero.....	2'00
Pedro Andión.....	2'00
Vicente Díaz.....	2'00
Damián Martín.....	2'00
Pedro Rodríguez.....	1'00
Lisandro Rojo.....	1'00
Luis Portela (Madrid).....	1'00
Juan A. Barquero Gallardo (Tarrasa).....	5'00
Ernesto García Ladevese.....	10'00
Facundo Ordoño.....	5'00
José Rubandón.....	10'00
Emilio Menéndez Pallarés.....	5'00
TOTAL.....	150'00

DEMOSTRACION

Ofrecí en el número anterior demostrar en éste, que la mayoría de los diputados republicanos jamás estuvieron, sino momentáneamente, á la altura cívica de sus electores, y voy á cumplir mi palabra.

Que España está mal, perfectísimamente mal, todos lo reconocemos, y lo decimos, y lo lamentamos. Es quizás en lo único que no discrepamos los españoles.

Que durante la restauración nunca han faltado republicanos en el Congreso, en mayor ó menor número, indiscutible es. Luego fuerza es confesar que, ó su presencia allí nada resolvió ni evitó, ó que ellos no cumplieron con su deber.

Y reconocido esto, acude á los labios esta pregunta:

¿Estaría España peor que está, si los republicanos no hubieran ido á las Cortes?

¿Por qué cuidado si han caído desventuras sobre ella en los últimos cuarenta años!

España se ha visto despoblada por la emigración, desangrada por la guerra, debastada por el hambre, aniquilada por la miseria...

Ha visto pasar á manos extrañas sus Colonias, por haberse alzado sus habitantes en Cuba y Puerto Rico para protestar del saqueo administrativo organizado. Y por esto, y además por la tiranía é insaciable explotación frailuna, en Filipinas.

Ha pasado por humillaciones tan vergonzosas como el Tratado de París...

Ha visto aumentar los tributos hasta el extremo de hacer imposible el desarrollo de la vida nacional, especialmente en la parte industrial y agrícola.

Ha visto improvisarse fortunas de esas que gritan constantemente á sus poseedores: ¡ladrón! ¡ladrón!...

Ha visto aumentar la Deuda de un modo, que la mitad del crecido Presupuesto del Estado se destina á pagar los intereses...

Ha visto que los grandes propietarios y los grandes industriales continuaban la tradición de sustraer sus riquezas al pago de los impuestos.

Ha visto, en fin, á todos quejarse de la administración de justicia; al clericalismo, dominar en absoluto y aumentar cada día; á la ley, aplicada á capricho del

que manda; á los trabajadores del campo y los obreros de la ciudad, viviendo en gran penuria; á las leyes de excepción, llevando á la cárcel escritores; á la apostasía, premiada; á la traición, alentada; á la delación, enaltecida; á la inmoralidad reinando; á la osadía imperando, y...

¿Qué más podía haber pasado si los republicanos se retraen de ir á las Cortes, donde algunos de esos males hubieran podido ser remediados, otros enérgicamente combatidos, todos valerosamente expuestos?

¿Podía haber ahora más atraso político, ni más ruina económica, ni más atropellos al derecho, ni más descrédito fuera, ni más desbarajuste dentro, ni mayor impunidad para los que han saqueado, arruinado y deshonorado el país?

¿Qué males han evitado los diputados republicanos ni qué bienes producido? ¿Qué leyes provechosas se deben á su iniciativa? Fuera de algunos elocuentísimos discursos políticos, de puro efecto tribunicio, ¿qué más hicieron?

¿Excitaron siquiera la fibra de la indignación en el Pueblo, para que se opusiera ayer á la guerra con los Estados Unidos, y hoy á la de Marruecos? ¿Vellaron por los intereses nacionales en todo momento y ocasión? ¿Tronaron airados contra la injusticia, viniera de donde viniese? ¿Pelearon bravamente por la implantación de reformas? ¿Combatieron la invasión frailuna?

¡No, no, y no!

Y si no hubieran hecho nada más que eso de mal! Pero ¡ay! han hecho algo peor: llevar á unos republicanos la duda, aminorar en otros la fe; quitar á muchos la esperanza, y traernos á la confusión y desvalimiento en que estamos.

Duro y triste es hablar así, pero más triste y más duro sería continuar prestando á estos crímenes de lesa patria la complicidad del silencio. Ha llegado el momento de que griten todos los que puedan hacerlo, para ver si un sacudimiento de la conciencia republicana acaba de una vez con tantas mentiras convencionales.....

Las próximas elecciones pudieran ser el punto de partida para la transformación completa del republicanismo.

¿Cómo? Acudiendo á ellas todos á depositar en la urna la papeleta: donde no hubiera candidato, podría estamparse este nombre: *República*.

Donde hubiere uno ó más, no presentados por el caciquismo oficial del partido, sino elegidos por el Pueblo de entre los pocos exdiputados que merecen ser reelegidos por haber cumplido en parte con su deber, y entre los que nunca lo fueron, pero que reúnen condiciones para desempeñar dignamente el cargo, debe el Pueblo votarlos con decisión y energía; exigiéndoles previamente la formal promesa de renunciar al ac a si sus electores se lo exigen; así no volvería á repetirse, por lo menos sin recibir la sanción debida, el bochornoso espectáculo de solicitar actas de los republicanos para ti-

rarlas á los pies de los monárquicos en las Cortes los unos, ó utilizarlas como tarjetas de invitación para ir á lacayear en las fiestas palatinas los otros.

De este modo, y á condición de que esta fuese la última vez que acudiéramos á las elecciones, si los males que padecemos no se remediaban, podemos acudir á las próximas sin que se nos tome todavía por imbéciles irredimibles.

Pero si los que elijamos resultan como la mayoría de los anteriores, y no los desautorizamos, y seguimos representando la comedia que hasta aquí, no será en adelante la palabra *clerical* la más degradante y ofensiva de la lengua castellana.

Y dicho esto, allá que cada cual obre con arreglo á la idea que tenga de la dignidad del partido, y de la propia en primer término.

Insisto en que no

Copio de *Los Miserables*, semanario de Barcelona:

«Nuestro indiscutible director político D. José Nakens—decimos indiscutible por la sencilla razón de que los viejos no aceptamos á otro y hoy por hoy necesitamos del concurso de un hombre experimentado—contesta desde las columnas de *EL MOTIN* á nuestra proposición sobre quien debe presidir el Directorio de Unión Republicana si la unión se hace, de la siguiente manera:

«Amigo Nakens: Es usted imposible á fuerza de ser terco, rudo y franco: de no conocerle y admirarle de antiguo, creeríamos que ha nacido en Zaragoza entre aquellos bravos aragoneses, que á los reyes le hablaban de tú, que ante los carlistas escribieron la hermosa página del 5 de Marzo, que ante el respeto que una dama merece, desistieron de echar á Cánovas del Castillo por el Puente de Piedra y que con sus pechos valerosos impidieron que el cadáver del español más grande del siglo XIX, Joaquín Costa, marchase á esa tierra de la que no queremos acordarnos, y que más tarde vociferó hasta enronquecer ante el sepulcro del maestro hollado por la farsa religiosa.

No, Sr. Nakens, usted se ha pasado la vida combatiendo á los enemigos del Progreso, de la Libertad, de la justicia Humana, haciendo anticlericalismo y haciendo prosélitos por la unión de todos los republicanos españoles.

En el primer intento la fortuna le ha acompañado siempre; en el segundo su buena voluntad se ha estrellado ante la cobardía concupiscencia y dejadez de los que usted ayudó tanto á encumbrar.

Ante la crítica situación en que la patria está comprometida por... lo que sea en Marruecos, en ruina nuestra hacienda, yermos nuestros campos por falta de instrucción, todo desorganizado, todo podrido, todo caduco no queda más esperanza que la unión de los republicanos, no de los que digan que lo son, sino de los que estén dispuestos al sacrificio; así pudiera ser que viniese nuestra regeneración por la República.

Nos explicamos que rechazase el acta de Valencia; los cargos que se le han ofrecido en diferentes ocasiones; lo que no es posible, que nosotros jóvenes que nada

queremos respetar, nos quiera detener diciéndonos que cada hora que viene puede ser la de su muerte: todos los días se mueren muchos jóvenes; si esto sigue así los que quedamos nos habremos de morir de asco.

No es ninguna canongía, amigo Nakens, lo que queremos darle, sino todo lo contrario.

Es un cargo de sacrificio, de desinterés, de alto patriotismo, de temible necesidad.

Entre los republicanos que hoy quedan —de los experimentados— no hay ninguno entre los de arriba con el suficiente prestigio para ser presidente del Directorio, que á no dudarlo se constituirá si llega á hacerse la unión de los republicanos.

Cite usted un nombre que á todos nos convenza y retiraremos el suyo inmediatamente.

¿Verdad que no se le ocurre ninguno?

Pues presida usted ese Directorio, ajústese bien... los pantalones y á traer la República.

Si como prueba de virilidad ó de... necesita usted algo, pida, que no nos viene de cuarenta años de presidio...

Nuestra vista está fija en el triunfo de la República. —JUAN VALJEAN.

Me agrada, pero mucho, que los jóvenes digan eso de mí; mas ¿por qué callarlo?, me entristece mucho también, ver que ya no estoy en condiciones de demostrarles prácticamente que no se engañan. Han llegado tarde. ¿Quién me responde, á estas alturas, de que mañana no me diga mi cerebro á raíz de un desvanecimiento: «Amiguito; se acabó la cuerda; vete preparando á decir y hacer tonterías, porque ya no respondo de mí?» Y esto, que metido en mi rincón no causaría daño á nadie, podría producir algún trastorno en el republicanismo ocupando yo un puesto preeminente; y más si me empeñase, por estar ya desequilibrado, en continuar en él, y mis correligionarios, bien por afecto á mi persona, bien por respetos mal guardados, no se atreviesen á extenderme á tiempo la licencia absoluta por inútil. Ejemplos de estos se han dado muchos, y se dan actualmente.

Este es un punto de vista para rechazar la indicación de esos jóvenes. Allá va otro.

Si se formase un Directorio como los pasados, para seguir aparentando que se hacía algo y mantener al republicanismo en la inacción, yo no querría presidirlo: por propio decoro. Nunca entré á sabiendas en farsa alguna. Y si se tratara de formarlo para preparar la revolución, yo no debería presidirlo: por honradez. Lo que llaman los jóvenes mi experiencia, me lo prohibiría inexorablemente. Conozco demasiado la historia del partido, y su situación actual, y sus hombres, para ignorar que nada puede intentarse mientras no soplen sobre nuestro campo aires que purifiquen la atmósfera republicana, infestada hoy de prejuicios, rutinas, idolatrías, egoísmos y odios infecundos, que nos mantienen desde la restauración enervados para toda acción salvadora. Y esos aires no soplarán, mientras la palabra *renovación*, que hace tiempo lancé, no constituya por sí sola el programa de

avance. Y por esto, al ver que el grupo de jóvenes que escriben *Los Miserables* de Barcelona, y otros jóvenes ilustrados de Valencia y otros de Zaragoza van por ese camino, me he apresurado á secundarlos y ofrecerles que EL MOTIN les servirá de eco, sin otra pretensión que la de servir al republicanismo.

Y dicho esto á guisa de prefacio, charlemos familiarmente.

Vamos á suponer que la Unión se hace que se nombra un Directorio, y que me nombran Presidente; que yo acepto, y que un día tengo que acudir á un sitio determinado á una hora fija, porque de mi presencia depende el éxito de la empresa decisiva que va á acometerse. La noche anterior le ha dado al barómetro la humorada de señalar lluvia, y su indicación ha repercutido en uno de los remos locomotivos del señor Presidente, impidiéndole hasta moverse en la cama... Y cátese que no pueden levantarlo ni con garrucha, y que la empresa falla por lo tanto... Habría para maldecir mil veces y hasta para matar á salivazos al imbécil que aceptó el cargo, sabiendo que no dependía de su voluntad el quedar airosamente, si no del caprichoso salto de un viento en el cuadrante.

Y hablo así, para que no se me confunda con esos políticos de mi promoción, que parodian á los Tenorios que no pueden ya ni mascar el agua, y alardean de pujanzas adosadas exclusivamente á los veinticinco años. Y á mí podrá cada cual juzgarme como quiera, pero nadie, sin faltar á la justicia, tacharme de viejo ridículo. Hasta ahora al menos.

Creo que basta lo dicho, para que esos jóvenes abandonen la idea en honra mía lanzada, agradeciéndoles en el alma que me tengan por una excepción entre los viejos del republicanismo, como realmente lo soy.

Sí; me considero el más viejo de todos los jóvenes y el más joven de todos los viejos; pero viejo al fin. Y la vejez, por los desencantos que acumula y los bríos que resta, es remora siempre: nunca acicate. Y para hacer labor revolucionaria, es preferible la irreflexión á la prudencia. «¡Audacia, y siempre audacia!» que dijo Danton. «El secreto de las revoluciones es atreverse,» que añadió Robespierre.

Para el arte, para las ciencias, para la cátedra, pueden servir los hombres de edad madura (nunca los viejos). Para transformar revolucionariamente la faz de un pueblo, que es de lo que tratamos, ¡los jóvenes, los jóvenes!... Los que no tengan derecho á disculpar sus irresoluciones con las tristes y enervantes enseñanzas de la experiencia.

Créanme: para subir al calvario con Cristo y á la guillotina con Desmoulins, como para triunfar con Alejandro en Arbela, con Anibal en Canas, y con Napoleón en Austerlitz, no hay que rebasar los cuarenta años. La vida se aprecia menos cuanto más vida hay. Algunos viejos saben morir también, pero tiemblan, si no de miedo, de frío: ejemplo Mably, ex al-

calde de París, al ir en carreta hacia el cadalso.

Estoy tan convencido de esto, como de que por el camino de la evolución no llegaremos jamás al término deseado.

Yo no sé cuándo ni en qué forma vendrá la salvación de España, pero sí que tiene que venir precedida de un cataclismo revolucionario, ó j. más llegará El tumor que pudo resolver á tiempo la medicina, ha entrado ya en los dominios de la cirugía. Por esto he dicho más de una vez, que si estuviera en mi mano que la República viniese hoy pacíficamente siempre que designara yo los hombres que habrían de formar el primer gobierno, la República no vendría. Y que yo deseo que verga, ahí está mi vida entera pregonándolo.

¿Que cite un hombre que pueda convenir á los jóvenes para la presidencia del Directorio, y retirarán el mío? No lo cito, por no saber donde está. Un tiempo creí que existía uno: hoy no lo creo.

Para mantener al partido como hasta aquí, cualquiera podría ocupar dignamente la Presidencia del Directorio. Y si se sacara á concurso, de seguro se presentarían á centenares los aspirantes con méritos indiscutibles, aunque ignorados. Ahora, para ponerse al frente de un Directorio que se encargara de realizar con denuedo, constancia y desinterés la obra que el Pueblo republicano desea, sin buscar notoriedad ni satisfacciones pueriles de amor propio en estridencias extemporáneas ni en alardes contraproducentes, para esto, la verdad, se necesita un hombre que no veo entre los que conozco.

De ahí mi empeño en que el partido se reorganizase por provincias, en la esperanza de que surgieran hombres. Mis correligionarios han preferido hacer la unión de otro modo: sin duda necesitan un fracaso más para decidirse. No los combato, mas tampoco los aplaudo. Los dejo hacer. Defensor perpetuo de la unión, yo no puedo oponerme á ella, hágase del modo que se haga. Pero tampoco debo aplaudir que se intente por procedimientos de cuya ineficacia estoy convencido por experiencias repetidas. No soy de los que se aferran á una teoría ó un procedimiento después de ver que no dan el resultado apetecido.

¿Qué hace el artífice de metales preciosos cuando saca una joya defectuosa por imperfecciones del molde? Romperlo á martillazos, y construir otro, echar nuevamente en el crisol el metal para que vuelva á fundirse y vaciar la joya en el molde nuevo.

Esto es lo que no han querido hacer los republicanos viejos: romper los moldes agrietados del partido. Y esto es lo que deben hacer los jóvenes que vienen á resucitar en el léxico revolucionario las palabras abnegación, desinterés, sacrificio, que algunos viejos han sustituido por las de acomodamiento, egoísmo, cobardía: renovar los moldes, ya que de seguir echando el oro en los antiguos, tocarían el mismo resultado.

Y para esto no merecía la pena de que hubieran surgido. Abundan desgraciadamente entre nosotros los jóvenes sensatos, comedidos y prudentes, que lo mismo aplauden y defienden a Lerroux cuando amenaza destruir a Barcelona, que cuando se ultraja a sí propio desvirtuando sus anteriores afirmaciones revolucionarias; que igual se entusiasman con Melquíades cuando ataca a la Monarquía, que se apresuran a seguirle cuando deshonor a la democracia poniéndola a sus pies.

Pero hago mal en hablaros de este modo, jóvenes que acabáis de surgir.

¡No, no; vosotros no sois de esos! Los anteriores no hicieron al debutar en la vida pública las valientes afirmaciones que habéis hecho, sino que se afilaron desde luego a alguna de las fracciones existentes, y corearon sus odios y sus egoísmos.

Seguid vosotros como habéis comenzado, altivos, independientes y valerosos, y sumaréis admiraciones y someteréis voluntades. Sobre todo, independientes. Esto da una gran fuerza. Yo no he tenido otra, y con ella he luchado a veces solo contra todos, sin que mi fe vacilara ni mi esperanza se quebrantase. El de la independencia es lujo caro, que únicamente pueden permitirse los próceres del desinterés, pero se ostenta con orgullo. Llevadlo vosotros, y compadeced a los que se imaginan que van a la moda cubriéndose con los andrajos de la servidumbre política.

Tengo la seguridad de que las razones apuntadas influirán en vosotros para haceros desistir de la idea que habéis lanzado; idea a que en otras circunstancias hubiera yo respondido sencillamente con una sonrisa benévola, pero que en las presentes he tenido que rechazar con energía, para que nadie supusiera que la dejaba correr por ver si se extendía y cuajaba. Hay gentes que creen que todos estamos hechos a su imagen y semejanza.

Síntesis de toda esta charla.

Que sigáis adelante y contéis con que EL MOTIN difundirá vuestros demoletores escritos.

Y que sepáis que os estoy muy agradecido, más que por el afecto que me demostráis, por haber traído a mi ánimo confortaciones de que ya iba estando necesitado.

Vuestro y de todos los que os imiten.

Jesuitismo y liberalismo

Unión y división

¿Se han fijado los liberales españoles en lo que significa el retraso de un día en la vida moderna? ¿Se han fijado en la ventaja que cada día que pasa va tomando sobre el pueblo y contra el pueblo la reacción?

¿Se han fijado en que por momentos crece la energía del enemigo y decrece la resistencia del pueblo, y cada vez es éste más débil y aquél más poderoso y

la redención de España más difícil, y en que el esfuerzo habrá de ser mayor, y mayor el estrago para alcanzarla?

¿Se han fijado en que veinte años atrás ocurría lo contrario, todo lo contrario, a saber, que cada día que pasaba era un paso en el camino de la libertad, y un retroceso en el de la reacción?

Entonces, cada día las ideas modernas hacían alguna conquista, de colectividades o de individuos, y de las creencias del individuo. En este avance las ideas, preparaban las acciones futuras, o ya se convertían inmediatamente en actitudes individuales, o en actitudes sociales; en leyes públicas y en costumbres privadas. La Iglesia vivía una vida de tolerancia. Ser clerical era cosa de mal gusto. Los más devotos, rehufan el mote. Las fiestas religiosas habían sido relegadas a la categoría de *sport* nacional de los espiñitos pazguatos y misántropos, poco más arraigadas en la noción moral que los toros y el baile, en unión de los cuales repartía amistosamente el alborozo popular. Por la mañana del día de la fiesta mayor, la misa solemne; por la tarde, la corrida; por la noche, la danza. El gaitero, el mataor y el predicador estaban en la misma jerarquía ético social.

En el hogar, las viejas discutían los buenos o malos gestos del orador, como los varones discutían los pases y lances del torero, como los mozos discutían las tonadillas del cantante o la lindeza de las bailarinas. Se hablaba del dorado de las casullas del párroco, como de los bordados de la capa del *espada*, como de los calados de las enaguas de la bolera.

Esto, veinte años atrás. El aristócrata no se ufina más de sentar a su mesa al nuncio del Papa, que al *Frascuolo* de turno, o que a la actriz de moda.

El fraile se disfrazaba de cura para andar por la calle, y el cura dejaba la sotana en la sacristía para vestir de hombre. Llevaban escrita en la frente la conciencia de que eran momias de otras edades, y de que su presencia en la sociedad moderna tenía algo de macabro.

Y ahora... ahí los tenéis. El fraile anda jacarandoso y provocador por la vía pública, en el centro del barrio de extenuados obreros, levanta con aire formidable su convento castillo. La monjita balancea su cuerpo en el estrepitoso automóvil; el párroco detrás de la cruz espía con mirada de basilisco al que no se descubre ante su cruz, no por ser cruz, sino por ser suyo...

Desde las ventanas del palacio real, los reyes y los príncipes, los ministros y los políticos ven estrellarse su mirada en la torre del homenaje de los Jesuitas; y el Padre Coloma, que veinte años atrás oyera poner a su novela *Pequeñeces* el célebre comentario de cierta dama: «los jesuitas han dado el primer paso hacia la frontera», oye ahora llamar tímidamente a la puerta de su celda a los primates de la nación.

¿Qué ha ocurrido aquí?

Simplemente que ha entrado en acción completa el jesuitismo.

Este agente de todas las ambiciones y bastardías, buscador de despechados, sobornador de ambiciosos, corruptor de virtudes, adulator de poderosos, sonscador de incautos, perro faldero de las lujurias decrépitas, amigo falso de sus huéspedes, traidor de las banderas que jura... jesuitismo, en fin.

En la sorda labor de veinte años el jesuitismo ha transformado la política de España.

Su primer origen se halla quizás indicado en cierta carta de la marquesa de Comillas, D.^a María Gayón, a mossén Jacinto Verdaguer, en que le daba cuenta de cierta fiesta de la aristocracia madrileña, de la cual admiraba el poder representado por la concurrencia, y lamentaba verle esterilizado en su virtud religiosa, por las discordias de los católicos. ¡Si se lograra la unión!... escribía la dama a su confesor, que había imbuido a su cliente los sentimientos de concordia de los católicos y de horror a las discordias de mestizos, carlistas e integristas.

Y la unión ha sido hecha. Ya está hecha.

Esta labor jesuitica es digna de ser estudiada por los liberales, porque descubre la táctica del enemigo y sirve de lección provechosa.

Entró el jesuitismo en España, raquítico, tímido, invisible como microbio, unos contados jesuitas que apenas osaban llamarse tales. Entraron como mendigos inofensivos y lastimosos, al amparo de los carlistas.

Los carlistas fueron los primeros traicionados. Pero con la traición, el jesuitismo se llevó del carlismo el bando integrista con el pendón de Nocedal. Los jesuitas fueron integristas rabiosos; con el integrismo dejaron aturrido por mucho tiempo al carlismo, desprestigiaron al episcopado, sembraron al cisma en la Iglesia.

Y hechos dueños del integrismo los jesuitas, utilizadas sus fuerzas para destruir sus enemigos, agotadas sus bolsas y hartadas las más ricas herederas; es decir, exprimido el integrismo, traicionaronlo como al carlismo; la Compañía se hizo conservadora y comillista, y por esa puerta entró en las grandes empresas, penetró en los grandes palacios y creció y se extendió...

Ya está en todas partes.

Ha llegado la hora de organizar el partido jesuita. Estamos en estos momentos. La *Lectura Dominical* nos revela en parte el secreto.

El jefe visible del flamante partido es de origen liberal: Maura; hombre temible bajo todos conceptos; hombre, que desde la torre del homenaje del palacio jesuita, ha hablado de tú al Palacio de la plaza de Oriente y ha notificado a la monarquía el nuevo elemento político. *Éste es el jesuitismo*, que no se casa con

nadie, que no tiene rey ni roque; que es quien es, como Dios.

Asistentes de Maura: Mella y Senantes, que son los *enfants terribles* de sus partidos. Cuarto militar: Llorens, Azcárraga, Polavieja, los Júpiter de sus respectivos bandos. Y así los demás ramos de administración pública.

De este modo el jesuitismo ha unido los elementos más distanciados y ha concordado los caracteres más discordantes.

Es cierto que le ha favorecido el tiempo, removiendo los *obstáculos tradicionales* é incompatibles.

Murieron don Carlos, Nocedal, Cánovas, Silvela, Martínez Campos y Sagasta, que no cabían en el mismo saco, así fuese el saco jesuita. Han quedado solamente los aventureros, los vagabundos, los arrivistas, los insustanciales, los traviesos.

Y éstos son de la madera que necesita el jesuitismo. Con ellos se hace temible y formidable.

Ya ha cantado las cuarenta á la misma monarquía. O te sometes ó te suprimimos. Es la ley jesuitica. Traicionó primero al carlismo, destrozándole; luego al integrismo, destrozándole; luego al partido conservador, destrozándole... Y ya apunta á la dinastía...

Es su táctica. Unir los suyos, desuniendo á los otros.

¿Lo entendéis, liberales españoles?

¿Sabéis la que os espera?

¿Os dáis cuenta de la fase política que se inaugura?

Hemos dicho unir los suyos. Era la frase que mascaba, rumiaba y paladeaba continuamente Ignacio: «esta Compañía perfectamente unida, aunque al parecer dispersa...» Al revés de lo que ocurre en el campo radical, «infinitamente distanciados en lo interior, aunque en lo exterior parezcan unidos...» El jesuita se entiende con el jesuita, aún estando de polo á polo: los liberales no se entienden, aunque coman á la misma mesa y duerman en la misma cama.

Unir los suyos... y desunir los otros, es la máxima ignaciana.

Y es el hecho histórico palpitante. El jesuitismo uniéndose, y desuniéndose sus contrarios.

¿Qué parte tiene el jesuitismo en nuestra desunión?

Lector, que lees esto: aprende la pregunta:

¿Qué parte tiene el jesuitismo en la desunión de los partidos avanzados?

Preguntatelo, lector: y si no sabes responderte, preguntalo á tus amigos hasta que halles quien te responda.

Pregunta y vuelve á preguntar. No ceses de preguntar. No te canses de repetir la pregunta:

¿Qué parte tiene el jesuitismo en la desunión y discordias del pueblo libre?

¿...?

¿Quién responde á esto?

S. PEY ORDEIX

¡DE HAMBRE!

Señores alcalde y concejales del Ayuntamiento de Madrid: Con la puntualidad admirable, con el celo ejemplar de todos los años, la oficina ó negociado de estadística de esa Corporación ha publicado el «avance de la estadística demográfica de 1913.»

Yo pienso que esta vez habrán ustedes, señores concejales y alcalde, concedido al documento la importancia trágica que realmente tiene, tanto más cuanto que las cifras fueron materializadas en un gráfico á ustedes destinado, gráfico que para los viejos en el cargo será remordimiento y para los nuevos acicate; y presumo igualmente que á estas fechas las cifras tremendas que llenaron de dolor el alma de ustedes, van á hacer que en una de las primeras sesiones se aborde este problema capital, esencial, único, porque todos los demás tienen espera, y no la tiene impedir esta bárbara mortalidad, tan excesiva con relación á otras capitales de Europa y América, que el año 1913 supuso hasta 6.400 defunciones que no debieron ocurrir.

Quedamos en que como este año se publicó el avance demográfico para algo más que para el estudio de unos cuantos no concejales ni alcaldes, van ustedes á acometer de frente el problema; la tosca y obscura pluma de este pobre diablo quiere auxiliarlos contribuyendo á crear ambiente desde EL MOTIN.

Si sumamos el número de fallecidos durante un año (1909, *Estadística Demográfica de 1910*, publicada por el Ayuntamiento de Madrid, página 76) en Amsterdam, Berna, Berlín, Copenhague, Dresde, Filadelfia, Hamburgo, Leipzig, Londres, Munich, Nueva York, París, Viena y Zurich, y dividimos el total de fallecidos por la total población de esas ciudades, hallaremos un término medio de 15 por millar de habitantes; en 1913 murieron en Madrid 25.57 por millar, luego hay un exceso de 10.57, que en cifra absoluta quiere decir 6.404 individuos que no habrían fallecido de ser, como debía, de 15 nuestra mortalidad, que no habrían fallecido de haber sido ciudadanos de Amsterdam, Berna, Berlín, etc...

Reconocida y declarada la extensión del mal, para que la gente no se extravíe en ese cómodo y aún lucido embeleco de la higiene, y en el más cómodo aún de la incultura de las masas, permítaseme recordar que el Dr. Lasbennes, funcionario técnico del Negociado de Estadística, autor de un libro acerca de la mortalidad en Madrid, premiado por la Sociedad de Higiene, ha dicho en la citada *Demografía* de 1910, página 97, que en Madrid se muere de hambre crónica.

Y así es. Supongamos que las infecciones, las tuberculosis y las diarreas y enteritis, por medidas de higiene pública y privada y por menor incultura, se reducen exactamente á las proporciones mismas de las ciudades extranjeras citadas, esto es, á un 24 por 100 del total de fallecidos. Como en Madrid la proporción fué en 1913 de 32 por 100, resultará nuestra mortalidad de 23.52 por 1.000; es decir, aún habrán muerto en 1913 *indebidamente* 5.162 individuos.

Pero vamos á suponer más. Vamos á suponer que Madrid llega en eso de la higiene y de la cultura donde nadie llegó, es decir, á que no se muera ni de infecciosas;

ni de tuberculosis, ni de diarreas ni enteritis; pues aún resultará una mortalidad de 17.19, por 1.000, aún habrán muerto *indebidamente* en 1913 hasta 1.326 individuos.

En Madrid se muere principalmente de hambre, de «indefesión orgánica»—¿por qué no decir en España?—; el autor de estas líneas viene gritándolo en balde desde hace quince años, viene probándolo sin posibilidad de réplica; ahora lo dice asimismo el médico afecto á la Sección de estadística; ¿predicará también en desierto el Dr. Lasbennes?

No; ustedes, señores alcalde y señores concejales, han visto en el avance y en el gráfico que la mortalidad crece desde 1910, en vez de disminuir; que ese año fué de 23.65; el siguiente de 24.13; de 25.23 en 1912 y de 25.57 en 1913, un retroceso que le ha costado á Madrid 1.163 vidas, y la vida es la mayor, la única riqueza... Ustedes han visto todo esto y mucho más, por su superior entendimiento, por su gran cultura, por su conocimiento de estos problemas; usted, señor alcalde, lo vió cuando aceptó el cargo, ustedes, señores concejales, cuando solicitaron ó aceptaron la investidura, y llena el alma de dolor, con verdadera unción, rebosando sus espíritus amor á este pobre pueblo que muere de hambre, sin levantar mano van á acometer el problema magno, único, de que abarate la vida para que, aumentando las «defensas orgánicas», sean menos las enfermedades, y la mortalidad se iguale á la de poblaciones que tienen 15 por 1.000, en que también hay hambre...

Y si en este camino augusto y redentor en que ahora van ustedes á entrar firmes y resueltos encuentran obstáculos que no puede vencer la acción del Municipio, señores concejales y alcalde, ustedes van á llamarnos á todos para que les ayudemos, nos van á decir toda la verdad, van á ser los Pedro el Ermitaño de una Cruzada salvadora, en que se va á conquistar la vida de 6.400 humanos cada año y la salud de muchos millares.

Porque pensar que el trágico *Avance*, que el lúgubre gráfico no arrancó lágrimas á sus ojos, es inferir á ustedes una ofensa realmente intolerable.

J. J. MORATO

Lo que cuesta la guerra

Ayer, desde las columnas de un periódico de la mañana y de una manera oficiosa, nos notificaron que durante el año 13 los gastos de la guerra excedieron en 80 millones de pesetas al presupuesto ordinario del Ejército. Una friolera, como puede verse.

El articulista, á vuelta de gran copia de argumentos, pretende demostrar que 80 millones de pesetas anuales, en una campaña tan que la que sostenemos en Africa, teniendo que llevar á tierra extraña el soldado y todo lo que el soldado necesita, agua y leña inclusive, son muy pocos dineros.

Y, pardiez, que á nosotros nos parecen excesivos.

En primer lugar, es inexacto que esos 80 millones de aumento se hayan invertido en doce meses. De Junio á Diciembre—en medio año y no en uno—, se malgastaron la mayor parte de ellos. Y

escrito lo de malgastar, será fuerza sostenerlo.

Hasta el 11 de Junio, en efecto, no habían sonado en nuestra zona de Marruecos más tiros que los de los «pacos». Vivíamos en santa paz y calma. Firme, por lo visto, el Gobierno en el propósito de no desequilibrar la Hacienda, ni siquiera, ¡oh, ministerio paternal!, se aventuró a gastar lo preciso para que, si estallaba la guerra—cosa presumible, dada nuestra conducta en Yebala—, hubiera hospitales, hornos de campaña, material de campamentos é incluso repuestos de municiones. Y así, al sorprendernos lo de Laucien el 11 de Junio, los soldados no tenían en dónde dormir, ni qué comer... ni qué disparar. Sobre el suelo descansaban de las fatigas del combate, azotados por los huracanes de Poniente y cegados por la tolvanera. Con galleta reponían sus desmayadas fuerzas. Con el cuchillo hubieron de defender los cañones, que enmudecían por falta de metralla... Y luego los heridos, en espera de convoyes trágicos, tenían que permanecer bajo el sol, sobre lo que era estercolero de Tetuán, sin otra cura que la elemental de urgencia, hasta su traslado á Ceuta, á los dos ó tres días. Y había sublimado; pero no agua para disolverlo. Y harina; pero no hornos para amasarla y cocerla. Y tiendas de campaña; pero no medios de transportarlas á las avanzadas...

Los millones se tiraban á tontas y á locas. El río de sangre y el río de oro se vertían ineficazmente.

Luego, en los últimos meses del año, se enmendaron un poco los yerros: mas sin llegar, ni con mucho, á la normalidad.

Con lo que se derrocha—¿en qué diríamos?, en una cosa pequeña; en disparos de cañón, por ejemplo—, había para sostener una unidad táctica de infantería buen golpe de meses. Dos mil doscientos y pico tiros reza el parte oficial de la última acción de Ben Karrich, que se dispararon sobre la montaña. Y morirían, puede ser, dos moros. Y cotizando cada tiro á siete pesetas, el quitarnos de enmedio á dos enemigos costó, «á peu près», cuatro mil duros... No merece la pena.

Ahora, recientemente, al quemar en Larache por orden de la Sanidad unos materiales de Intendencia que estaban en un local contaminado de peste bubónica, sufrieron el fuego muchas tiendas de campaña, podridas por un largo almacenaje. Y los soldados llevan largos días en el campo, á la intemperie, bajo la lluvia ó bajo el sol...

¡80 millones de pesetas sobre los millones del agobiante presupuestol ¡Y luego las vidas, que no se justiprecian! ¡Y las recompensas, que no se aportan como aumento de gastos!...

¿Quién dice que es barata la aventura?

LEOPOLDO BEJARANO

A Venancio Sarriá En Zaragoza

Admirable discurso pronunció usted el 27 del pasado en el Salón *Parisiense*, de esa ciudad, por el fondo, por la forma, por la valentía y por las orientaciones que señaló. Tres veces lo he leído.

En otras circunstancias lo habría copiado íntegro; ahora no lo he hecho, por que me he propuesto no reproducir en EL MOTÍN nada de lo que se escriba contra ningún republicano que diga que desea la unión, hasta después que pasen las elecciones.

Pero conste que estoy enteramente conforme con los juicios que usted ha emitido acerca de los Lerroux, los Azcárrates, los Melquíades, y que guardo su discurso para airear esos juicios si la unión no se hace. Esta norma de conducta fué siempre la que seguí cuando de unirnos se trató.

Gran concepto tenía de usted como escritor revolucionario; hoy sospecho que vale tanto ó más como orador enérgico y preciso.

Un joven como usted en cada población importante, y pronto estaríamos en condiciones de empuñar la escoba y la piqueta: la escoba para barrer bien nuestra casa antes de alzar la piqueta para demoler la de enfrente.

Un apretón de manos,

JOSE NAKENS

La lámina de hoy

En Diciembre de 1939 publiqué este artículo:

«Vosotros, los que sabéis que la religión de Cristo es la del pobre y el desvalido, pasaos una noche de estas de la una en adelante por la calle de San Bernardo, y os fortaleceréis en la fe al contemplar un grupo de ocho ó diez mujeres y tres ó cuatro niños andrajosos echados sobre las gradas de la iglesia de Monserrat, apretujándose unos contra otros para ver si logran comunicarse una partícula de calor.

Enfrente veréis un convento, el de las Salesas Nuevas, desde el cual pueden las esposas del Señor, resguardadas tras los cristales, recrearse con aquel poético cuadro de resignación cristiana, y bendecir la hora en que Jesús vino al mundo á predicarla y ensalzarla, sin lo cual aquellos seres humanos acaso se desesperasen y blasfemarían, en vez de contentarse con entrelazar sus miembros ateridos para ver si consiguen adormecerse siquiera por un cuarto de hora para soñar con el pedazo de pan del día siguiente.

¡Qué hermoso, qué santo, qué arrobador espectáculo el de ver mujeres y niños hambrientos y tiritando, allí, á la puerta misma de la casa de Dios, sin ocurrírseles siquiera que dentro se guardan cálices de oro y vestidos de púrpura, ni que hay imágenes de madera con mantos de terciopelo, ni que sobran habitaciones ocupadas con estantes llenos de ropas, y alhajas riquísimas! Solamente la religión puede llevar el alma humana á tan abnegados

olvidos. Pidamos al Dios de los que no comen que perseveren en su resignación por los siglos de los siglos.

¡Y cómo se regocijarán en el Señor al contemplar el sublime espectáculo, aquellas santas vírgenes del convento de enfrente, de cuyos puros labios sale á cada instante la palabra *caridad* impregnada de perfumes divinales, á la vez que difunde melodías angélicas! Porque aquel espectáculo les recuerda que es El, su celestial esposo, el que tiene sacerdotes en cuyos pechos arde tan poderosamente el fuego de la caridad, que los impulsa hasta á ceder gratuitamente en estas noches crueles á los que carecen de albergue, las sagradas losas de la puerta de entrada de los templos.

Si algún cura ó algún fraile rezagado cruza alguna noche en el mullido carruaje de una aristocrática devota por frente á la iglesia de Monserrat, ¿cómo se conmoverá de alegría al pensar en la alta misión que cumple en la tierra, y con qué acenos de justa indignación condenará á los impíos que con sus criminales predicaciones tratan de socavar los cimientos de esos santos edificios, á cuyas puertas encuentran los pobres redimidos por Cristo albergue en estas horribles noches de diez grados bajo cero! Quitándoles ese refugio ¿qué sería de ellos?»

Nadie tomó en cuenta lo que dije entonces: ni prensa, ni autoridades, ni juntas oficiales de caridad, y los pobres siguieron durmiendo allí.

Insistí al año siguiente, y lo mismo.

Dediqué también al otro unos párrafos al asunto, y como si no.

¿Qué le importa á nadie eso? Lo importante es gastar millones de pesetas en incienso para perfumar imágenes de piedra ó madera y en luces para alumbrarlas.

Cristo vino á redimir al hombre, mas no de la miseria material, sino de la espiritual. Así piensan las gentes de Iglesia, y por eso se dedican á redimirse por su cuenta de la primera. Y hay que reconocer que en esto son algo más lógicos que esos necios inquilinos nocturnos de las puertas de las iglesias.

A pesar de mis anteriores fracasos, insistí este año en llamar la atención de las autoridades sobre este punto.

Y por ver si el lapiz es mas atortunado que la pluma, reproduzco la fachada de la iglesia de Monserrat.

El sentimiento de la dignidad

Hace algún tiempo se leía en un diario de New York que un tal *Mac Genti*, de Portland, había estrenado la ley que condena á los maridos brutales. Por haberle pegado á su mujer, ese *Genti*, ha sido castigado, primero con cárcel y después con buenos latigazos. Esta prueba no fué de su gusto: bañado en sangre, el pobre diablo concluyó por perder el conocimiento y lo levantaron en un estado que es de esperar no le acometerá nuevamente el deseo de empezar.

Sin duda los que lean el relato de este hecho compartirán con nosotros dos sentimientos contradictorios. El primero de pura satisfacción, que nos hace explicar:

—«¡Ah, hombre brutal! ¡ah, cobarde innoble! Porque tenías puños fuertes y manos callosas te creías con el derecho de maltratar á un ser débil, á tu mujer, ¡bandido! Pues bien ¿qué te parecen los golpes cuando, en vez de darlos, los recibes? ¡La voluptuosidad es igual! ¡Para ti, villano, el látigo no ha sonado suficientemente fuerte! ¡Para ti este otro golpe es mejor! ¡Tú palideces, tú gritas! Medita ¡oh, amigo! la palabra cristiana: «no hacer á otro lo que no quieras que hagan contigo.» ¡Villano! ¡Docel...! ¡Quince!... Todavía cinco más tienes que recibir. Más fuertes sean los últimos latigazos, más fuertes y mejores, y que con las cuerdas ensangrentadas que parten tu carne, la verdad entre en ti.»

Sí; el primer sentimiento de justicia, de las duras represalias nos hace pensar: «Este hombre le ha pegado á su mujer; que le peguen á él; está bien hecho. ¡La ley de Lynch es buena! Puesto que existen seres suficientemente degradados para no comprender ninguna razón, es preciso hablarles como á animales salvajes y domarlos por el temor. A falta de remordimientos, recuerdos dolorosos refrenarán en el porvenir su salvajismo.»

Pero casi en seguida nos viene un segundo sentimiento, que es menos que la piedad, un malestar moral, una confusión de vergüenza: «¡Cómo!—nos decimos—¿conviene acaso á un pueblo civilizado recurrir á medios bárbaros que en sí mismos tienen algo de hirientes, no sólo para el que los soporta sino para el que los inflige? ¡Este hombre es un individuo inmundo y grosero, un malhechor; está bien! Pero ¿la sociedad tiene derecho de hacer con un individuo que se ha colocado fuera de la ley lo mismo que le reprocha á este hombre haber hecho contra una víctima sin defensa? ¿Está segura la buena sociedad de que el látigo corregirá al castigador? ¿Está segura de que en su cerebro escaso no concebirá un odio más hondo contra la que antes había golpeado? Y aun si este remedio enérgico lo corrige, es decir, dado el caso que sea un remedio moral ¿conviene á personas refinadas y á ciudadanos morales ordenarlo? ¿Es esta la función de la ley, del juez, de los guardias, de los ejecutores? ¿Es obedecer á un ideal humano, elevado? ¿No es más bien volver á costumbres antiguas? ¿No es un retroceso?»

¡Cuánto no se protestó cuando existían esos suplicios! ¿Acaso la conciencia humana no se subleva aún contra el knout ruso, y acaso todos no hemos temblado de horror al leer las páginas en que Dostolevsky nos hace ver á los prisioneros cuyos cuerpos no son sino una llaga, cuya alma, cuya voluntad, cuyos sentimientos, en una palabra, lo que hace que el hombre estime al hombre, están rotos para siempre y para siempre deshechos?

Notemos que no se trata de una exagerada sensiblería humanitaria que haga desdeñar á la mujer, digna de todo interés, por el macho brutal; ni menos aún de un sentimiento de falso honor masculino, que nos obligue á pensar que todos debemos sufrir en el orgullo del sexo fuerte al saber que uno de nosotros, aunque indigno, ha sido azotado como en otro tiempo los negros del campo, como un siervo, como un esclavo. Se tendrían, aunque no invocáremos sino el sentimiento humanitario, muy convincentes razones que darnos en favor del látigo. Podrían decir: «Pues bien, ¿creéis que á la señora Mac Genti le

era agradable recibir bofetadas y palos y patadas? Pensad algo más en ella y un poco menos en el caballero, su noble marido. Después de todo, no se le devuelve sino su misma moneda. El que debe, paga y queda en paz.»

Seguramente que no podemos admitir ni un momento, como el abogado de Mac Genti pretende, que el carácter ó la conducta de la amable americana haya, no queremos decir «justificado», pero sí «explicado», por lo menos, la ferocidad de su marido. Estamos seguros de que ella no ha sido coqueta, que no tenía ningún gusto por los gastos inmoderados, ni mucho menos inclinación hacia el whisky. Era sobria, buena ama de casa, cuidadosa de sus vestidos y decente en sus intenciones. No fastidiaba á su marido con esa virtud exasperante que saca á los hombres de sus casillas; no se parecía, para emplear los términos bíblicos, ni á la manzana agria ni á la pera ácida. No amargaba el humor de su marido con un carácter áspero, con celos matadores ó con escenas violentas. Era perfecta sin abusar de su perfección y sin hacerla sentir. Evidentemente el marido tuvo toda la culpa y la sentencia del juez fué merecida: los latigazos fueron bien aplicados y también fué muy justo que el tal Mac Genti se desvaneciese de dolor.

Pero aun en este caso tranquilizador, aun con este convencimiento absoluto, hay algo en nosotros que se subleva y sufre: es algo mejor que una vana piedad, es el sentido de la imprescriptible dignidad humana. Que se meta á Mac Genti en prisión y no tendremos nada que objetar, y con él se encierre á todos los bandidos atormentadores de sus mujeres y á los salvajes que atormentan á los niños, ¡all right! Pero librémonos á nosotros mismos de la infamia del látigo. Verdaderamente el látigo no es un ejemplo, y menos un buen ejemplo. El látigo no tiene nada de moderno, nada de científico, nada de moral, sobre todo. Si un hombre es peligroso, que se le haga inofensivo, que se le ponga aparte, que se le catequice, que se le instruya, que se le cuide, que se le cure si es necesario; pero que no se rebaje la sociedad hasta pagarle cruelmente. ¿Decís que por haber sido alvaje hay que tratarlo como á salvaje, que porque no conoció si no la ley del más fuerte se le envolverá en la carne el látigo del Talió; que porque envileció, hay que envilecer á la humanidad en él, aplicándole esa ley de Lynch que ha podido tener su razón de ser entre reos convictos y aventureros de fortuna que campaban bajo los árboles, lejos de las ciudades, pero que, á nuestro humilde parecer, no es digna de un país civilizado en el siglo xx?..

PAUL ET VITOR MARGUERITE

El libro de San Ignacio á la prensa

Por fin, ha llegado la hora de ofrecer al público el prometido libro sobre la vida é historia de S. Ignacio de Loyola, que será su verdadera revelación, hasta aquí por todos reclamada y por nadie intentada.

Al tratar de darlo á luz, no he hallado editor que se ofreciera á imprimirlo con

as ilustraciones y forma que reclaman los estudios modernos.

Por tal ausa acudo al público invitándole á la suscripción por entregas, que comerá á servirse en cuanto se reúnan siquiera mil suscripciones.

La obra formará tres tomos de unas 600 páginas cada uno, y contendrá unos 200 fotograbados de láminas y documentos.

Si la Compañía de Jesús (siempre temible en España) hallase medio de impedir la publicación, la impresión se hará en el extranjero.

El suscriptor será avisado, llegado el caso, para elegir el envío de las entregas en paquetes certificados, de 10 en 10, sin recargo, ó como correspondencia privada certificada, con el recargo del gasto de correo.

Al suscriptor que encargue cuatro ejemplares, se le servirá uno de más.

Y ahora, el antijesuitismo tiene la palabra.

S. PEY ORDEIX

D.....
que vive en
calle
provincia
se suscribe por ejemplares al libro
Resurrección histórica de San Ignacio de Loyola, cuyo importe de pts.
cts. correspondientes á entre-
gas á 25 céntimos cada una, remite (ó
remitirá)

Fecha

Firma

D. Emilio González. Apartado 579.—
MADRID.

CALENDARIO DEL OBRERO

Está ya en venta el correspondiente á 1914, superior al de años anteriores, puesto que inserta ilustraciones.

Su precio, no obstante las mejoras, continúa siendo de 15 céntimos ejemplar.

Pedidos á F. Peña Cruz. Pizarro, 16, imprenta, Madrid.

"Milagros comentados"

POR

José Nakens

PRECIO DOS PSETAS

A los suscriptores directos y á los corresponsales el 25 por 100 de rebaja.

LA RELIGION

AL ALCANCE DE TODOS

Una peseta.



Caridad cristiana á nueve bajo cero, prodigada durante las noches de invierno en las gradas de la iglesia de Monserrat.

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior 6097'63

Salvador Llorens, 9'00.—Raimundo Rufiandes, 2'00.—Baudilio Balart, 1'00.—Magín Prunera, 1'00.—Juan Casas, 1'00.—Francisco Font, 1'00.—Joaquín Armisen, 1'00.—Antonio Solé, 1'00.—José Coma, 1'00.—Juan Fusté, 1'00.—Antonio Solanas, 1'00.—Enrique López, 1'00.—José Font, 0'50.—Juan Camell, 0'50.—Amisto, 0'50.—Ramón Balart, 0'25.—Jose Bonet, 0'25.—José Franco, 0'30.—Antonio Barbado, 0'25 (Todos de Gracia (Barcelona).....	23'55
J. Jorge Vinaixa (Barcelona).....	10'00
Andrés Sola (idem).....	1'00
Fermin Pastor (Novelda).....	5'00
Atila (Méjico).....	5'00
Alejandro Nuñez Ortigosa (Almadén).....	0'25
Miguel A. Cabezas (Enguera).....	6'00
Vicente Crespo (Carcagente).....	2'00
Adelardo Lucena (Caralla de la Sierra).....	5'00

Suma y sigue 6155'43

Sortijas para la Virgen

En pocos días, personas tan imbéciles como agradecidas, han hecho dos suntuosos regalos á la Virgen de las Mercedes de Barcelona.

El primero ha sido un riquísimo anillo que perteneció al obispo Laguarda, recién muerto, de oro macizo, con una preciosa amatista (esmeralda han dicho los periódicos, porque ignoran que los obispos sólo usan amatistas) rodeada de veintitres brillantes magníficos; el segundo ha sido hecho por una señora que también ha regalado á la Virgen un magnífico anillo de oro y brillantes.

Lo primero que se le ocurre á todo el que lee estas cosas ó las oye, es preguntar para qué querrá la Virgen estas joyas ó de qué la servirán. El mismo recto espíritu cristiano rechaza estas cosas, pues sabe que estas preseas ó joyas que adornan las imágenes, en nada aumentan su gloria, prestigio, ni poder, y que es irracional y hasta injusto tener allí almacenadas esterilmente tantas riquezas habiendo tantos hijos de Dios, que son templos vivos del Espíritu Santo, que mueren de hambre y de frío.

Al lado de la iglesia de los jesuitas de Madrid, en la calle de la Flor, ha sido hallada muerta de hambre una anciana, mientras las imágenes de San Ignacio y del Sagrada Corazón allí veneradas, rebotan de riquísimas alhajas. ¿No es esto un sarcasmo vil, un insulto á la miseria,

una bofetada á la dignidad humana?... Con las joyas que guardan en sus tesoros las vírgenes de Guadalupe, Pilar, Desamparados, Angustias, Esperanza, Reyes, Peña, Mercedes, Montserrat, Valvanera, Paloma, Almudena, Atocha, Gracia, etcétera, etc., en España habría para construir un centenar de asilos magníficos donde perpetuamente fueran remediados miles de infelices y desamparados. Pero no es así; muere el pobre de hambre junto á los muros del templo que guarda avaro y cruel los ingentes tesoros que sirven para adornar á una efigie á estilo pagano, cuyo modelo personal allá en el cielo, y hablando en católico, no puede aprobar en modo alguno proceder tan inhumano é inhumano.

Si á Dios, á la Virgen ó á los santos que nada necesitan, pueden serle gratos en algún modo los donativos, serán únicamente aquellos que sirvan de alivio á las necesidades del prójimo y á derramar el consuelo y la alegría entre los necesitados.

Yo he visto imágenes de la Virgen con el manto lleno de relojes de oro, anillos, pulseras, collares, pendientes, medallones, imperdibles y cadenas, semeando el escaparate de una joyería, ó la colección espléndida de un avaro, mientras á sus pies gemían elevando sus manos escuálidas y sus rostros amarillos por el hambre, multitud de devotos pidiéndole amparo para su miseria y pan para sus estómagos.

Y aquellas imágenes, aquellas vírgenes abrumadas bajo el peso enorme de la riqueza que llevaban encima, oían impasibles aquellos gritos desgarradores que salían del fondo del alma, el clamor de aquellas amarguras que hubieran podido remediar ampliamente con sólo entregarles unas cuantas joyas de aquellas que adornaban sus vestiduras. Me daban ganas de gritarles: «¡Ilusos! ¿Para qué pedís lo que es vuestro? Esa Virgen está en los cielos radiante de gloria y majestad, el mundo le sirve de escabel, para nada necesita esa inútil riqueza que la cubre... Apoderaos de ella, que no protestará; ahí está la salud para vuestras enfermedades, el pan para vuestros hijos, vuestra vejez asegurada, vuestro vestido, vuestros alimentos... ¡Convertid en dinero esas joyas inútiles, y remediad vuestra miseria.» Pero sé que me hubieran tratado de loco, de sacrilego, y que lejos de seguir mi consejo, hubieran ido presurosos á depositar una moneda de cobre al pie de la imagen...

FRAY GERUNDIO

Enhorabuena á un cadáver

Ayer murió en Madrid de hambre y de frío otro hombre. Está muy bien. ¿A qué nos vamos á indignar? El frío, sobre quien tantas maldiciones vienen echando hace cerca de un mes los compañeros plumeantes, se está portando este año como un hombre de bien. Su conducta ha cambiado. Otros años cogía á

los desdichados que no tenían fuego, que no tenían ropa, que no tenían casa, y se llevaba un día, otro día moliendo, fastidiando, tirando á la canalla contra un quicio á gemir y á temblar. Luego se iba. Este año es más humano. Este año mata.

El suceso de ayer fué exacta y absolutamente igual á los pasados. Llega un sereno, encuentra unos harapos amontonados sobre el escalón de un portal y les da con el chuzo y topa con un muerto.

Unas horas después, tomando el desayuno, lee el buen burgués la prensa matinal:

«LOS QUE SE CALIENTAN.—En los dos días últimos se han calentado en las estufas públicas las siguientes personas:

Día 4.—Noche, 80; madrugada, 58.

Día 5.—Noche, 55; madrugada, 93.

Total, 284.»

Y luego hablan ustedes de la organización social. ¡La organización social es perfecta, caray! Hasta dispone de unos cuantos guardias que con un lápiz y un papel se están junto á la estufa, apuntando á los próceres que acuden. Naturalmente, ocupados en eso, los pobres guardias no van á andar por ahí á buscar gentes yertas, gentes que ya ni pudieron andar, tumbadas por el frío, y gentes cuyos pies ya no aguantaban el abrumador peso del estómago, precisamente porque ya el estómago no tenía peso alguno.

Este muerto de ayer, á quien le doy aquí mi enhorabuena, era X. X.; se ignora su nombre, que no hace tampoco maldita la falta. No se le pudo identificar. ¿Quién va á ser padre, hermano, amigo de un sujeto que exhala el último suspiro (yo creo que de satisfacción) junto á una puerta, en medio de la calle?

Este muerto de ayer, sin sangre, sin carnes, sin pan y sin lumbre, á quien los Reyes Magos le han traído anticipadamente el gran regalo de una muerte ansiada, no tenía en los bolsillos ni reloj, ni billetes, ni tarjetas, ni nada más que una cuchara de metal sin mango. Todavía cabe contrariar el dictamen de los médicos y disculpar á la sociedad diciéndole que X. X. le gastó el mango á la cuchara á fuerza de comer y que se ha muerto de una indignación.

La sociedad es una cosa óptima: es una cosa santa y respetable: cuando comprende que X. X. tiene hambre y frío y que no debe estar á gusto en este mundo, le deja que se tumbe y que reviente. No es cosa de clamar ni de gemir por el cadáver del buen X. X., ni de ir al Depósito á echarle ahora una manta por encima. Con el calor de nuestra indignación, cuando X. X. se estaba muriendo, no hubiera subido ni un grado el termómetro; y en cambio la tierra, la tierra insensible, va á abrigarle mucho...

JOAQUIN LÓPEZ BARBAILLO

Dios ante el sentido común

UNA PRESENTACIÓN

Del caciquismo trágico ⁽¹⁾

En el lugar del asesinato.— Historia del «Cuartanas»

La musa popular

«D» Puertollano a Argamasilla de Calatrava hay una distancia de cinco kilómetros aproximadamente, y puede hacerse el viaje por ferrocarril ó por carretera.

Para tomar el tren hay que madrugar. Yo no madrugué y tuve que alquilar una tartana, que en un tiempo tendría magníficos muelles y limpios asientos, pero que ahora, ya vieja y desvencijada, constituye un verdadero martirio para el incauto que se atreva a hacer un viajecito metido en tal cajón con ruedas.

Per si fuese esto poco para el viajero, la carretera está como todas las carreteras de España, por donde no suelen correr los automóviles de las gentes potentadas.

Baches, muchos y tremendos baches, y un polvo asfix ante.

Menos mal que a la tartana va uncida una mula que fué joven hace doce años, y no hay temor a un desbocamiento catastrófico.

El tartanero es un manchego simpático, y pacienzoso. Toma el viaje con calma. No se quita el grueso cigarro, liado en papel del León, de los labios.

De vez en vez, un jarre, mula! interrumpe el silencio que tartanero y viajero observamos.

Yo no tengo ganas de conversación. El viejo manchego no es chaspante ó es muy discreto.

Voy pensando en Peñasco, en su vida, en sus hijos.

Mi cerebro no concibe cómo puede haber seres tan infames, capaces de matar por envidia, por orgullo, a un hombre honrado, bueno, virtuoso.

Asusta el pensar la bestialidad de algunos hombres, que por promesas de dudoso cumplimiento acechan a su víctima, contra la que no sienten odios; en la que no tienen que vengar agravios, de la que reciben generosos beneficios, y amparándose en las tenebrosidades de la noche, valiéndose de la inocente confianza de un hombre bueno, disparan su escopeta y lo matan traídonamente.

El tartanero, medio dormido, entona torpemente una seguidilla manchega, que me distrae de mi arrobamiento.

El «Cuartanas», «Porrinos»

y el «Jabonero»,

mataron a Palacios

por el dinero.

Y los ahorcaron
y colgaron sus cuerpos
hechos pedazos.

Pienso en que la musa popular no ha estado muy inspirada en esta composición, y me sonrío.

El tartanero me mira fijamente, abriendo sus adormilados ojos, y me pregunta:

—¿Usted sabe el hecho del «Cuartanas»?

—No, hombre; no tengo el menor conocimiento de la existencia de ese Sr. «Cuartanas».

Me callo, y el tartanero también. Da una chapada al cigarro y vuelve a entornar los ojos.

—¡Arre, mula!

Canta otra vez la misma copla.

Comprendo que se ha resentido, porque no me ha mostrado curiosidad por saber el hecho del «Cuartanas», cuyo relato me había brindado con algún interés.

—Y dígame, mi amigo, ¿qué es eso del «Cuartanas»?

Instantáneamente me cuenta prolijamente con toda clase de detalles, el hecho del «Cuartanas».

El «Cuartanas» fué un individuo de Ar-

gamasilla de Calatrava, que en unión de otros tres sujetos de su misma ralea, asaltaron la casa de un rico hacendado, un señor Palacios, de este pueblo.

Asesinaron a este caballero y lo robaron. Los detalles del crimen son horribles. Al infeliz Palacios lo sometieron a crueles martirios, y profanaron villanamente su cadáver.

El crimen del «Cuartanas» y su cuadrilla se descubrió, probándose la culpabilidad de los asesinos, por una verdadera casualidad, lo mismo que ha ocurrido con los asesinos del Sr. Peñasco.

El «Cuartanas» murió ahorcado, pero muy cristianamente, en la plaza de Argamasilla de Calatrava. En el mismo patíbulo murieron el «Porrinos» y el «Jabonero», dos de los compañeros del «Cuartanas». El otro bandido huyó y se incorporó a las partidas carlistas. Pero una noche, al entrar en el pueblo, fué visto y tiroteado por las tropas de la reina, y fué a morir en las maderas del patíbulo en que purgaron su delito los otros malhechores, cuyas maderas estaban depositadas en una cerca, adonde fué a refugiarse el carlista y asesino.

El «Cuartanas», el «Porrinos» y el «Jabonero» fueron descuartizados, y los trozos de sus cuerpos colgados en los caminos, a la entrada del pueblo. De esto hará unos ochenta ó noventa años. Por eso la copla.

—¿Qué le parece a usted el hecho del «Cuartanas»?

—Abominable.

—Se «oue» comparar a lo que han hecho con D. Heliodoro; ¿verdad? ¿Qué mala ralea!

En el centro radi al

Hay varios grupos de correligionarios. Unos leen la Prensa del día, otros hablan del único asunto de que se habla por estos pueblos: del asesinato de D. Heliodoro Peñasco.

La indignación causada por este crimen odioso y repugnante, la amargura honda, infinita, que ha producido en todas las almas honradas de esta comarca la trágica muerte de nuestro inolvidable amigo, no se mitigan con los días transcurridos desde que cayó Peñasco vilmente asesinado.

En las caras, en los gestos, en las palabras de estos hombres, se nota una intensa emoción, una nerviosidad, reveladora del coraje reprimido, de la ira apaciguada sólo aparentemente.

Elogian todos al apóstol asesinado, a la inocente víctima del cacique.

Tante como la miserable muerte que los canallas le dieron, ha sublevado las conciencias de estos honrados ciudadanos el que haya a quien se ha atrevido a calumniar cobardemente, infamemente, a aquel hombre bueno y honrado; achacándole hechos de que fué el mártir, el descubridor y el censor más implacable, hechos cometidos por los caciques mismos ó por sus paniaguados y protegidos.

Saludo a los concejales radicales del Ayuntamiento de Argamasilla, D. Antonio Cano y D. Manuel Sánchez.

Los dos me entregan numerosos datos, pruebas irrecusables, para aplastar a cualquier calumniador que se atreva a vomitar la más leve injuria contra el amigo asesinado.

Son datos preciosos, que podrán servir, que seguramente servirán, para que sobre ellos se escriba un libro con el título de «Don Heliodoro Peñasco y el caciquismo de Argamasilla de Calatrava».

En el lugar del crimen

Acompañado de dos correligionarios llevo al sitio en que cayó muerto, con la cabeza atravesada a balazos, el jefe de los radicales de esta región, Sr. Peñasco.

Está el lugar del crimen a unos cuatrocientos metros de las primeras casas del pueblo.

No es sitio apropiado para emboscadas. El camino es llano y no hay por allí ningún paraje donde los asesinos pudieran haberse ocultado, acechando a su víctima.

Sin duda que los asesinos salieron al encuentro del Sr. Peñasco, se captaron su confianza y lo asesinaron cuando más ajeno fuese el desgraciado, de que en el mundo existían fieras humanas y bestias asesinas.

Sobre el acirrate, de muy pequeña elevación, que cayó el cadáver, han cavado hondamente una cruz manos desconocidas.

Dirijo mi vista a las primeras casas del pueblo y no concibo que, en el silencio de la noche, no oyese la terrible detonación los vecinos de dichas casas.

Y sin embargo, todos han asegurado que nada vieron, que nada escucharon, que nada saben.

Me asalta la idea de hablar con aquellas gentes.

Los dos correligionarios que me acompañan tratan de disuadirme de mi propósito, asegurándome que nada sacaré en claro y hasta dejan adivinar en sus palabras que sienten algún temor de que, por lo menos, escuche algo desagradable en mis visitas. No importa. Me decido a probar fortuna.

La terrible ignorancia

Llamo en la primera puerta que me encuentro.

Sale a abrirme una mujer descalza, sucia, con un chiquillo en brazos. La mujer me mira con aso abro. Empiezo pidiéndole perdón por mi atrevimiento y procuro, lo más discretamente que me es posible, interrogar a aquella mujer sobre lo que deseo averiguar, la hora exacta en que fué asesinado el Sr. Peñasco, extremo que es de suma importancia para el resultado del proceso. Pero apenas pronuncio el nombre de Peñasco, la mujer aquella conviértese en arpa y me planta bonitamente en el arroyo.

No desisto de mi empresa.

A la puerta de otra casucha hay una mujer que me mira con maliciosa curiosidad.

Antes de que yo me dirija a ella, se adelanta a mí y me pregunta:

—¿Qué busca usted, señorito?

—No busco nada, buena mujer. Soy un forastero que ha leído en los periódicos que en este pueblo han asesinado a un hombre y por curiosidad solamente, deseaba enterarme de algunos detalles.

Mi interlocutora, que es una mujer de facciones duras, hombrunas, antipáticas, con el rostro negro como la pez, hace un gesto de desconfianza.

—¿Usted vive en esta casa?—la pregunto

—No, señor. Pero yo estoy enterá de muchas cosas.

—¿Quiere hacer el favor de decirme algunas?

—Es usted de «justicia»?

—No.

—Pues mire usted, lo sea ó no lo sea, a mí, lo mismo me da.

—Me lo figuro.

—A ese hombre que han «matao», está bien muerto. Quería quemar las iglesias, pisar los crucifijos, degollar a los curas... ¡Hereje, hereje! ¿Cómo arderá en los infiernos!

—¿Y quién le ha contado a usted esas cosas?

—Quien lo sabía muy bien. ¡Mire usted que querer que no mandase el señorito y que mandasen los «probetones»! «Tóo» ¿pá? qué? «Pa» robar y vivir sin trabajar. Han hecho bien en matarlo. ¡Si yo hubiera sido hombre!

Me estremezco de horror ante aquella bestia con faldas. Siento deseos de estrangularla.

—Dicen que están presos los asesinos y entre los procesados se encuentra un señorito del pueblo.

Se ríe con una carcajada formidable y exclama:

—Ríase usted de eso. Eso quieren hacer creer esos republicanos. Pero no les valdrá. Tras de ese irán otros. Son tres los apuntados. El señorito está en una casa de Almodóvar a boca qué pides. El juez que quería meterlo preso lo han echao a Mahón y el cabo Camacho y los guardias que lo cogieron en Puertollano no tardarán en verse en presidio con grillos hasta el pescuezo. Ya ve usted «quién» serán los señoritos. A falta

(1) Del libro así titulado que se pondrá en bre-
ve a la venta.

del rey y de sus hijos, D. José; á falta de D. José, Juanito, y á falta de Juanito, José Antonio tenía que ser rey de España. Los «documentos» están en la casa de Almagro. Conque ¡ya ve «usté!»

—¿Y dice usted que eran tres los apuntados?

—Sí, tres y tenga usted «cuidado», no sean cuatro.

—Se ríe cínicamente, diciendo:—Tan calla es «usté» como los otros. A «pedrás» había que echarlo á «usté» de este pueblo; ¿crees «usté» que no lo conozco?... se marcha echando pedres contra mí.

No contesto á la salvaje una palabra. Estoy convencido de que es capaz de tirarme piedras.

Me incorporo á los dos correligionarios que me esperaban en una esquina próxima, y me dicen que estaban intranquilos, asustados viéndome hablar con aquella mujer.

—Es una fiera—me dicen.—Cuando pasamos junto á ella alguno de nosotros tenemos que taparnos los oídos, de insultos que profiere contra los republicanos.

¡Si usted hubiera visto un día á cincuenta ó sesenta mujeres de esas correr el pueblo en manifestación apedreando las casas de los republicanos!

Fué un día horrible.

Eran mujeres y no podíamos defendernos. Son un ejército fanático, bien organizado y dispuesto á las mayores monstruosidades.

El tartanero

Regreso á Puertollano en la misma tartana desvencijada, sucia, incómoda.

Trato de reconcentrar mis impresiones de este día.

A través de la confusión de estas impresiones en mi imaginación se presenta este drama de odio y muerte con la mayor diafanidad en sus menores detalles.

Odio, envidia, orgullo, fanatismo, ignorancia, incultura, hambre... caciquismo.

El tartanero canta su copla:

El «Cuartanas», «Porrinos»
y el «Jabonero»
mataron á Palacios
por dinero.

Y los ahorcaron
y colgaron sus cuerpos
hechos pedazos.

No hablamos. El tartanero, dice de pronto, como la cosa más natural del mundo:

—Si no hacen justicia con esta gente, no va á ser el último que se van á cargar».

¡Arre, mula!

PEDRO TORRES

La mujer arpa con que tropecé en mis andanzas de reporter es un símbolo. Su fanatismo estúpido, brutal, fué por alguien explotado, haciéndola creer que el bondadoso Sr. Peñasco era un herejote que quería quemar iglesias y degollar sacerdotes.

Seguramente, aquella mujer era de las que azuzaban á los hombres para que asesinasen á Peñasco, de las que cantaban coplas contra éste y contra su esposa, de las que siguiendo á otras beatas fanáticas apedrearon las casas de algunos republicanos, de las que estaban preparadas para la San Bartolomé del Rosario de la Aurora, fracasada por la oportunitísima llegada de la Guardia civil, que en su intervención en las tragedias de Argamasilla de Calatrava se ha cubierto de honra y gloria, aunque no pudiera evitar lo inevitable: el asesinato de D. Heliodoro Peñasco.

Aquella mujer, como otras muchas y como algunos pobres siervos, creían en la omnipotencia de los señores, que podían ser reyes de España: «En la casa de Almagro están los documentos».

Con gentes fanatizadas tan salvajemente, se podían intentar todas las atrocidades imaginables.

Aquella mujer, llamada «Elisilla», conocida en el pueblo de Argamasilla por su ferocidad, murió la misma noche del día en que me insultó y quiso apedrearme.

¡Las cosas que yo pensaría, de ser tan fanático como aquella pobre salvaje!

Por si acaso

Los señores marqueses de Albaterra me perdonarán que haga públicos algunos antecedentes de su familia, que ya son conocidos por muchas personas. Creo que éstos pueden servir de provechosa lección y en nada merman el prestigio de aquellos aristócratas.

La abuela del actual marqués fué la llamada *Virgen Juana*, que dió á luz siendo doncella. Una enfermedad nerviosa puso á la inocente niña en peligro de muerte, y, aunque apenas podía hablar, confesó con un sacerdote de Elda que fué llamado precipitadamente al castillo de los Albaterra. Dios hizo un milagro y la joven sanó. Nueve meses después daba á luz una preciosa criatura, que llevó el nombre de María Milagrosa y que es la madre del actual marqués y de su hermano de éste, el célebre don Enrique.

D. Enrique era un demente notable, á quien conocí cuando fuimos Mr. Longeye y yo á continuar la explotación de una mina de galena argentífera propia del marqués y que estuvo anegada y abandonada algunos años. D. Enrique, caballero cumplidísimo y uno de nuestros diplomáticos más elegantes, se volvió loco y anarquista al mismo tiempo y fué necesario recluirle, con relativa libertad, en el citado castillo, donde nos acompañaba galantemente á Longeye y á mí cuando descansábamos de nuestras tareas de campo.

Una tarde, excitado D. Enrique por la temperatura primaveral, nos habló de su mamá.

—He visto dos casos—nos contaba accionando rápidamente: uno, el de un fraile; el otro, el de un capitán de un instituto distinguidísimo. El fraile había sido soberbio para con el maestro de novicios y se negaba á pedirle perdón: le encerraron en una celda con un crucifijo y un Kempis; le daban pan y agua por un ventanillo de la puerta y á media noche la comunidad rezaba ante el encierro el Oficio de difuntos; al cuarto día sucumbió la altivez del fraile y pidió perdón humildemente. El capitán había hecho fulleras en el juego y sus compañeros le encerraron en el cuarto de banderas con un revólver bien cargado; á los cinco minutos el capitán se había deshecho el cráneo. Pues bien, yo le he dicho á la sociedad: eres maldita porque no has llegado á producir la felicidad de un solo hombre; ahí te quedas encerrada entre los círculos polares; humíllate como el fraile ó perece como el capitán.

—Y ¿no ha hecho nada?

—Hasta ahora, no; pero yo espero.

¡Pobre D. Enrique!

Algún tiempo después volvimos al castillo, y Longeye, deseoso de curar ó de calmar al diplomático, le dijo á éste:

—Nos ha ocurrido un suceso que puede cambiar sus opiniones de usted.

—¿Qué es ello?

—Nos faltaba un cristal de color de 1^a pantómetra, y sospechando que lo hubiese hurtado el muchacho que trabaja en el taller de recomposición, le hicimos bajar á uno de los pozos, advirtiéndole al momento que no saldría hasta que el cristal hubiese parecido; este era un procedimiento análogo á los empleados con el fraile y con el capitán.

—Efectivamente; y ¿qué pasó?

—En vista de que el muchacho no llamaba, bajó á buscarle un capataz y le halló dormido.

—¿Tiene gracia!

—Pues bien, ¿no será posible que esa sociedad que usted maldice sea tan inocente como el muchacho y esté durmiendo?

—No lo niego; pero será preciso despertarla.

—Déjela usted que descanse; harto ha padecido.

D. Enrique se quedó meditando y al cabo de unos instantes dijo á Longeye:

—Por mí, puede dormir, pero donde no haya curas; no sea que le pase lo mismo que á mi abuela.

SILVERIO LANZA

La cruz de Cristo

Sobre el pueblo español

Del número y clases de clérigos seculares

TEXTO DE D. MIGUEL MORAYTA

NOTAS DE PEY ORDEIX

(Continuación)

Capellanes catedrales, colegiales y parroquiales (e).—Les doy estos nombres por parecerme les deprime el de *servientes*,

(e) Merece nota muy importante este capítulo. Existe una buena masa de clero irregular fuera de todo presupuesto, y, por así decirlo, arrojado de la comunión ó del comedor del Estado y de la Iglesia. Clasi-ficados, por razón de la procedencia ética, se dividen en dos clases: los superclérigos, inadaptados á la ética eclesiástica en boga, por razón de la injusticia ó inmoralidad que contiene; y los infraclérigos, ó sea los que no se adaptan á la disciplina corriente por lo que tiene de moral; es decir, los superiores y los inferiores á la moral media de la Iglesia.

Acuden á esta masa los prófugos y expulsos del clero regular y del clero secular, y constituyen una variedad de grados difícil de precisar, en calidad y en número, por estar en fluctuación continua.

Hablando de este clero de un modo general, puede decirse que viene á ser el clero *meretrício*; expuesto, como la mujer de esta indole, á todos los azares de la situación, con identidad de origen, de ambiente y de destino final.

Afluyen á las grandes poblaciones, en virtud de la misma ley prostibularia, y se catalogan, para seguir el paralelismo, en clérigos con *cartilla episcopal*, autorizados para ejercer públicamente el oficio de decir misa y de servir á los menesteres de los otros; y en clérigos sin *cartilla* y clandestinos perseguidos por la policía episcopal con celo no menor que lo son por la policía civil las meretrices.

Es imposible de todo punto calcular el número de este clero del arroyo: los obispos de las principales ciudades se lamentan á

usado en las sacristías y en la Estadística: prestaron sus servicios en 1910, según la Junta de Estadística: 358 en las catedrales, 62 en las colegiadas y 7.694 en las parroquias: total, 8.114.

El número de los últimos es importante, y sin embargo, resulta deficiente, y he aquí la prueba. Si de los 7.694 coadjutores hacen oficio de párrocos los necesarios para desempeñar todas las parroquias, apenas si llegan a 3.000 los encargados de las funciones propias y exclusivas de la coadjutoría: seguramente, así como muchos coadjutores ejercen de párrocos, muchos capellanes hacen de coadjutores.

Eclesiástico y capellán son sinónimos, y se diferencian en el lenguaje común por sus misiones especiales; capellán real, capellán de ejército, capellán de Marina, capellán de monjas, *capellán de parroquia*, etc. Estos últimos se hallan, por autorización del obispo, adscritos a una parroquia, a cambio del permiso para decir misa en ellas y de una pequeñísima retribución por cada una de las funciones religiosas a que asisten; más desdichados aún que los coadjutores, apenas ganan tanto como un oficial de albañil.

Estos capellanes existen en todas las parroquias medio importantes; en las de Madrid hay en cada una un párroco, tres ó cuatro coadjutores y un número variable de capellanes; juntos todos éstos llegan a 223; no es tirar de largo calcular en 50 los existentes en cada diócesis, y en este caso pasarán de 3.000.

El presupuesto subviene a las necesidades de 795 conventos de monjas concordados; luego hablaré de los ilegales, atendiendo con algunas sumas para culto y enfermería y una gratificación para su capellán, obligado a decir misa a sus religiosas, confesarlas y llevar su voz en muchos de sus menesteres. Los capellanes de

cada paso del incremento de su número y de su perversidad: ordenan contra ellos verdaderas batidas policíacas, sin lograr atenuar el mal, cada día mayor, por ser mayores cada día las fuentes que lo producen, a saber: la cultura de los clérigos aventajados, la desmoralización de los amadores y la arbitrariedad disciplinar.

En punto a licencia ministeriales, se dividen en clérigos inhábiles del todo, en medio-hábiles (para decir misa) y en habilitados a voluntad del obispo.

Con este clero fuera de todo censo quedan holgadamente compensadas las mermas que por otros lados ha sufrido el cálculo.

La existencia de este clero envilecido presupone tres graves renuncios del Estado concordado.

Por su parte, la Iglesia claudica contra sus cánones, que prohíben ordenar a sujetos que no tengan asegurada la congrua ó *decente sustentación*, para lo cual exige la constitución de patrimonio ó la posesión de título benefitial, ó en todo caso, la capacidad y utilidad de sus servicios, que la Iglesia se obliga a asegurar en todo evento. Todas estas leyes son burladas.

El Estado, por su parte, cierra culpablemente los ojos a esta fuente de inmoralidad; compañera inseparable de la miseria y de la degradación social.

Los obispos, por su lado, perciben el *fon-do de reserva* que responde a estas necesidades del clero y semejantes según el Concordato, y defraudan simultáneamente al clero agraviado, y al Estado, que paga. Inútil es decir que este clero es también *costeado* por la Nación, ya sea en concepto de mendigos ó de *caballeros de industria*: siempre y en todo caso vienen a la masa popular inhábiles para el trabajo y condenados a vivir la vida parasitaria, en cualquiera de sus múltiples formas.

monjas perciben de 180 a 200 pesetas, pero tienen casa, libre la intención, y muchos regalos; son unos 790 los seculares, pues en algunos conventos el cargo está desempeñado por frailes.

Nada menos que 1.353.350 pesetas destina el presupuesto de *Obligaciones eclesiásticas* en su cap. VIII a las bibliotecas de los seminarios y episcopales: todas se hallan servidas por eclesiásticos que de esta subvención sacan su sueldo; no serán menos de 250 a 4 por diócesis (d).

No bajarán de 3.000, (50 por diócesis), los que viven de su congrua, considerable la de muchos, de la renta de sus bienes raíces propios, de sus industrias matriculadas a nombre de otros, de su sueldo como confesores, capellanes y maestros de casas grandes y de sus cargos de profesores en escuelas, institutos, universidades y bibliotecas: los más de éstos no se acuerdan de sus funciones sacerdotales; pero muchos la ejercen por afición, por deber, por hacer méritos y por agenciarse algunas pesetas convenientes a su presupuesto personal.

Hay además 1.047 encargados de la enseñanza en los seminarios, y existen, por último, eclesiásticos en las Vicarías, en los puestos de escalera abajo de los Tribunales eclesiásticos y en tantas otras dependencias (c). Hay 32 exclaustros sin cargo en las parroquias, y eclesiásticos, por último, son los 200 y aún más rebeldes, por no poder aguantar el yugo episcopal, y los privados, muchas veces sin justicia, de todas ó de alguna de las licencias indispensables para ejercer canónicamente su oficio. Los eclesiásticos jubilados son pocos, mas no deben bajar de 200.

Esta enumeración seguramente incompleta, evidencia que auxilia al culto un número de capellanes superior a los 7.649 en cuestión, y así viene a mostrarlo la Junta de Estadística, escribiendo en una casilla especial, que «prestan servicio en todos los arciprestazgos ó diócesis 38.297

(d) *Los Catedráticos y Bibliotecarios de Seminarios*: No deben ser contados aparte; sólo un pequeño número de profesores, dejan de poseer otros cargos y prebendas, que son la base principal de su vida, pues los sueldos de catedráticos, fijados por los obispos, suelen ser de 750 pesetas anuales por cátedra. Algunas cátedras van anejas a los canonicatos; así, v. gr.: la de Escritura es propia del Lectoral; la de cánones, del Doctoral, etc.

Lo que realmente interesa a la crítica en este punto, es saber que el millón y pico de pesetas para bibliotecas, pagadas anualmente por el Estado, no se invierten en tales fines. En el seminario de Osmá, por ejemplo, no se pagaba partida alguna por tal concepto, fuera de la suscripción al *Acta Sanctae Sedis* y a la *Colección del Concilio* de Pallotini; cosas que no pertenecen al secreto profesional del cargo y que se pueden lícitamente revelar.

(e) *El personal y los cargos*.—No es dable deducir el número de eclesiásticos del número de cargos y beneficios, por existir la corruptela general, prohibida por las leyes canónicas y nacionales, de ejercer un mismo sujeto varios cargos y disfrutar dos ó cuatro, ú más beneficios, según el grado de amistad que tengan con el obispo, dador de todo bien.

Ni hay modo de que el Estado compruebe la verdad, pues en los cargos retribuidos con sueldo del Estado, y cuyos recibos han de ir al Tribunal de Cuentas del Reino, figuran como perceptores del sueldo sujetos fantásticos que no los cobran, bien sea de los clérigos sin destino, bien de simples estudiantes.

sacerdotes»; 39.165 admito yo, sin contar los exentos de la jurisdicción episcopal, de quienes hablaré a seguida; y como si se adicionan a una ú otra cifra todos los capellanes en estos últimos párrafos anotados, suman muchísimos más, el exceso se explica por tener yo sólo en cuenta los cargos ó destinos y ser un hecho que bastantes eclesiásticos desempeñan dos y aún más a la vez: el arciprestazgo, por ejemplo, está unido al de párroco.

Hay que dormir

Comentarios fáciles

Un médico francés ha hecho en un artículo adolorido una afirmación categórica: somos una generación de fatigados; casi todos los males de nuestro tiempo tienen su principal origen en que no dormimos bastante. Se gastan muchas energías nerviosas y no se reponen con el descanso preciso; estamos siempre en deuda con nuestro reposo: es necesario dormir.

Las gentes no quieren enterarse de esto; por el contrario, cada día aumenta el número de los que imponen a su organismo una vigilia agotadora. Ocurre aún algo peor: se blasona de dormir poco. Las mortificaciones personales inspiran lástima en todos los casos, excepto en éste, que suscita admiración. Un sujeto dice:

—Hace dos días que no como.

Y uno echa mano al bolsillo, invadido de pena. Pero el mismo señor afirma:

—Hace dos días que no duermo.

Y sabe que se le contempla con cierta consideración. ¿Por qué no duerme? ¿Será acaso un calaverón terrible que pasará las noches de placer en placer? ¿Será un amigo de la Sabiduría entregado a un furioso estudio de cualquier asunto trascendental? ¿Será un trabajador abnegado? ¿Acaso un hombre de tierno corazón que sacrifica su reposo junto al lecho de una persona enferma?... En cualquier caso se le admira respetuosamente. El insomnio es una desgracia aristocrática é interesante, y mucho más desde que los doctores se empeñan en brindar el sueño como medicina.

¿Por qué no encomiarlo como un placer?... Placer se ha hecho de la necesidad de comer y de la necesidad de beber; generalmente se procura convertir en placeres todas las debilidades y flaquezas orgánicas. Con el sueño, sin embargo, que es por sí mismo un placer, la humanidad ha sido y está siendo muy injusta. Tan sólo algunos hombres privilegiados conocen el refinado sibaritismo que existe en dormir.

Los hombres, dice una frase, se conocen en la mesa. No; los hombres se conocen en la manera de dormir. Dime cómo duermes, puede afirmar cualquier observador, y te diré qué espíritu tienes.

Hay gentes que tienen del sueño el concepto de un paréntesis. Cuando se le entornan los párpados se calan un gorro, estiran los brazos y se dejan caer en la cama con el aire de quien sucumbe a lo irremediable. Después roncán unas horas, sin arte ni armonía, primitivamente, por hacer a go, y al levantarse piensan que comienza la verdadera vida.

Pero el sibarita sabe que la verdadera vida comienza al tenderse en el lecho. Sólo entonces se es verdaderamente libre. El amigo molesto, el trabajo pesado, todas las imposiciones y las exigencias sociales,

se han quedado á la puerta de vuestra habitación, esperando á que os levantéis para aprisionaros. Se piensa mejor, se construyen más encantadoras imaginaciones. El egoísmo—ese principal secreto de la felicidad—se aguza enormemente. Yo he conocido un saboreador del sueño que subvencionaba al sereno para que en las noches de lluvia se pasease bajo su ventana. Mi amigo oía caer el agua á torrentes, sentía estremecerse las puertas y silbar el viento en las ventanas, toda esa arrulladora sinfonía de las noches de huracán que ya cantó un poeta latino. Y oía también las recias pisadas del vigilante nocturno que paseaba para no helarse bajo el turbión implacable. Entonces el exquisito durmiente se estremecía de placer en su lecho pensando:

—¡Qué atrocidad! ¡Cómo se debe estar poniendo ese hombre!

Y se dormía como un bendito.

¡Oh, el sueño!... Entre todos los cuentos de miedo leídos en la infancia, ninguno como aquél que narraba cómo en un lugar de tormento ciertos espíritus implacables impedían á los niños dormirse. El lobo aullador, la vieja bruja, el ogro insaciable, la madrastra de Caperucita no tuvieron nunca la intensidad cruel de horror que tenían aquellos trasgos contrahechos que punzaban con alfileres las carnes infantiles en el reino de un hada maléfica.

No habléis de medicina; hablad de regocijo placentero y sutil: enseñad á dormir á las gentes y puede ser que les deis salud, pero desde luego les procuraréis felicidad. Será una obra humanitaria y redentora. Nada hay más optimista que el sueño. Acaso un día tenéis que madrugar; os es preciso marchar en un tren mañanero ó despedir á un amigo, ó acudir á ventilar un negocio inaplazable. Previsoramente, al acostaros, dispusisteis el despertador; y el despertador, fidelísimo, sonó á la hora precisa. Entonces abris un ojo, miráis á la esfera, calculáis:

—Falta una hora aún. Apurándome un poco con treinta minutos me bastan. Tengo, aún otros treinta, de los que puedo aprovecharme.

Y dejáis pasar la media hora. Abris otro ojo.

—Treinta minutos... Si ahora me vistiese rápidamente y tomara un coche llegaría con diez minutos de adelanto á la estación. Como no necesito adelantarme; dispongo aún de diez minutos.

Gozáis los diez minutos de reposo. Entonces meditáis:

—¿Y si ahora no encontrase un coche? ¿Y si no pasase ningún tranvía?... Supongamos que tropiezo con un obstáculo en el camino. ¿Cómo haría yo?

Cavilando, pasan quince minutos más. Murmuráis resignadamente:

—Ahora sí que sólo por arte de magia podría llegar á tiempo. Será preciso conformarse con la fatalidad.

Y seguís durmiendo. Se marchó el tren, partió el amigo, se estropeó el negocio; pero vosotros, optimistamente, no os quejáis: en todo aquello juraríais no tener la menor parte. Habéis sido las víctimas de un destino inquebrantable.

¡Oh, el placer de dormir, la generosa bondad del sueño!...

WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ

El capuchino fray Ruperto, destacado en Manresa, ha publicado en varios periódicos un artículo censurando la cos-

tumbre introducida recientemente en España de celebrar el final del año comiendo uvas á las doce de la noche.

Dice que esta costumbre, procedente de Alemania, país protestante, no debía celebrarse en España.

El mejor día va á reglamentarnos esta tropa, hasta por gramos, la cantidad de las sustancias que expelemos por parte sospechosa.

Para ellos, la cuestión está en que ni respiremos sin su permiso.

Cuándo los mandaremos á la.....

El fraile y la cortesana

Estáis, señores, sumergidos en un océano negro y agitado, discutiendo de esos asuntos que pertenecen á los teólogos y á los filósofos. Termina el Carnaval y es el momento de entregarse más bien á gozosos y placenteros discursos, á fin de soportar mejor los rigores de la Cuaresma que está en puerta. Os contaré una alegre historia que sucedió no hace largo tiempo en Milán.

Haré notar que en Milán, mi patria, hay innumerables conventos de frailes y de monjes de diferentes órdenes, así como monasterios de vírgenes consagradas á María: los hay de todas clases; hombres y mujeres, mendicantes, y otros que viven secretamente en la práctica de reglamentos y de las prescripciones; pero los hay también que son licenciosos, disolutos y deshonestos: llevan vida escandalosa y en su mano sienta mejor la espada que el breviario.

Entre ellos había en un convento, que no nombraré, un hermano endemoniado que era tan aficionado á las mujeres que no tenía bastante con recorrer las casas de las cortesanas para gozar los placeres amorosos, y las hacía venir de noche á su celda para tenerlas á su lado hasta el alba.

Sucedió una vez que hizo venir una, con la que estuvo acostado toda la noche corriendo gallardamente numerosas postas, de modo que el tiempo transcurrió sin darse cuenta. Cuando por la mañana oyó sonar la campana, el hermano se levantó y dejó á la mujer.

—Duerme, vida mía, mientras que yo voy al coro; volveré en cuanto termine el oficio.

Encendió una luz y abrió un armario que contenía numerosas botellas y frascos, y tomó uno de ellos. Estaban en el mes de Junio y hacía gran calor; el hermano, fatigado de los juegos amorosos, se encontraba sofocado. Se puso á lavarse las manos y el rostro con agua de un frasco y después lo encerró de nuevo en el armario, apagó la luz y salió de la celda, cerrando la puerta con llave.

La mujer había visto lo que hizo el hermano y percibió el olor de agua perfumada de rosa de que el fraile se había servido; sintió deseos de refrescarse ella también un poco y se levantó en la oscuridad; tomó un frasco imaginando era de agua de rosas, cuando en realidad era

de tinta, y comenzó á manos llenas á lavarse todo el rostro, el cuello, el pecho y los brazos, pensando refrescar su carne, de modo que se tiñó tan bien de negro que parecía un gran demonio del infierno. Después de frotarse bien todas las partes de su cuerpo, guardó la botella en el armario, se volvió á acostar y no tardó en dormirse.

Terminados los máñines, el fraile dejó el coro y con una candela en la mano volvió á su celda. Apenas abrió la puerta, vió á la mujer que dormía en su cama, pero contemplándola tan diferente de lo que siempre era, se figuró que un diablo del infierno había venido á colocarse en el lecho en su lugar.

Esta extraña aventura le causó tal terror, que echó á huir todo lo ligero que permitían sus piernas hacia la iglesia donde los frailes estaban. Llegó allí todo temblando y se echó á los pies del superior del convento; pero su miedo era tan grande que no podía articular palabra. Ansioso y bañado en sudor frío, se esforzaba en vano por decir algo. Todos los frailes, sorprendidos, se agruparon á su alrededor, mientras que el prior procuraba animarle y le preguntaba lo que tenía. Al fin, habiendo recobrado un poco de aliento, confesó su pecado, y llorando refirió cómo había introducido á la cortesana en su celda y cómo se había transformado en un demonio del infierno.

El superior se puso la estola, hizo tomar la cruz y el agua bendita, y procesionalmente con todos los monjes, se trasladó á la celda en donde dormía la mujer. El aparato de antorchas encendidas, el ruido de las oraciones y salmodias despertaron á la cortesana y se incorporó en el lecho.

Viendo al monstruo greñudo—porque el peinado estaba deshecho—los frailes tuvieron por cierto que era un espíritu diabólico. También ellos se sintieron poseídos de tal espanto, que empezaron á huir, y el prior el primero, seguido de los que llevaban la cruz y el agua bendita. La mujer, maravillada de tal acontecimiento, saltó fuera del lecho. Entonces, viéndose con la camisa manchada de negro, se asustó á su vez y echó á correr tras de ellos. Los unos, cayeron á tierra; los otros, tiraron las antorchas, la cruz y el agua bendita. La cortesana, no pudiendo imaginar lo que aquello significaba, corría detrás de ellos en camisa como se encontraba, y como había tenido con casi todos lances amorosos, llamaba á cada uno por su nombre. Tropezando con las antorchas que estaban en tierra, cayó, y, al levantarse, vió con asombro cómo iba desfigurada. Entonces comprendió que en vez de lavarse con agua, se había embadurnado con tinta.

Por fin, tanto gritó y con tal fuerza, que reconocieron su voz, y ella les explicó de qué modo se había ennegrecido. Varios hermanos se aproximaron á ella y reconocieron su error.

Entonces con jabón y agua fresca se pusieron á lavarla y frotarla, hasta que quedó blanca como estaba antes.

Yo os dejo juzgar si este acontecimiento fué en favor ó desventaja, y si la cortesana podría quejarse, porque después de haberla lavado más de una docena de monjes, fueron sus amigos.

1840

MATTEO BANDALLO
escritor italiano

ARTÍCULOS FIAMBRES

Un repatriado

Nació de padres pobres que sólo pudieron enseñarle á leer y escribir; comenzó á trabajar cuando apenas tuvo fuerzas, pasando hambre y frío antes y después; á los veinte años empuñó el fusil por carecer de 1.500 pesetas y no haber querido seguir los consejos de un cura, hermano de su madre, que lo empujaba al cláustro para librarle del servicio.

Aprendidos á la ligera los rudimentos de la instrucción militar, salió para Cuba embanastado en un buque de la Trasatlántica; en la isla pasó el verano, se batió, fué herido, curó, volvió á batirse y se alimentó á medias.

Cuando los yanquis nos declararon la guerra alegróse, porque prefería pelear con gentes que hablasen idioma extraño; soñó con victorias sin cuento, y en Santiago de Cuba, donde se hallaba, aguardó impaciente la hora del combate, que no llegó para él.

Extenuado y enfermo, se vió un día trasladado desde el hospital á un buque que zarpó lleno de soldados con rumbo á España, y desde aquel día la tristeza entró á compartir con la anemia y la tisis la fácil tarea de acabar con aquel cuyo único deseo era aspirar en su agonía los aires de su pueblo, y acabar estrechando entre sus brazos á la pobre vieja aquella que le aguardaba todas las horas de todos los días.

Y saboreaba de antemano la melodía de los gritos estridentes, la suavidad de los brazos que ahogan, la frescura de los besos que abrasan, el dulzor de las lágrimas que amargan.

Pero al mismo tiempo pensaba en aquella manigua abonada con huesos y sangre; en aquellos compañeros que habían caído vitoreando á España; en las fatigas soportadas; y más que en todo eso, en el vencimiento sin lucha, en la repatriación sin recuerdos gloriosos, en el embarque con los ojos bajos, ¡é! ¡ellos! que con tanto orgullo atravesaron un año antes las calles de las ciudades españolas al son de himnos marciales, con lazos rojos y amarillos en el cañón del fusil, vitoreados, abrazados, besados por hermosas mujeres algunos...

Estos cuadros, contradictorios aunque respondían al mismo pensamiento, pasaban y repasaban por su debilitado cerebro, chocando, confundiendo y alimentando su fiebre.

Y cuanto más la tisis avanzaba, eran mayores sus anhelos por llegar á tierra; si bien parecía, por sus palabras inconexas,

que hubiera preferido quedarse en aquella de que se alejaba.

Dos días antes de llegar al puerto empeoró de tal modo, que después que el capellán le prestó sus auxilios, cayó en postración profunda.

Horas después caía en el mar el cuerpo de otro español.

1898

El talento de los tontos

Ser tonto, ¡qué felicidad! Mejor aún: ¡qué ganga! Quien lo es, ó aparenta serlo, llega casi siempre á donde se propone.

Ni una vez siquiera he sido víctima de los hombres de talento; en cambio, lo he sido muchas de los tontos.

El que tiene talento, si es honrado, no compromete á nadie, aunque él se sacrifique; y si no lo es, la idea de que posee recursos para realizar sus propósitos, pone en guardia á quienes lo tratan.

¡Pero el tonto! De éste no hay medio de librarse. Empieza por no despertar recelos, y esto le permite atreverse á todo.

Delante de un tonto nadie tiene reparo en hablar de negocios, pues que los desconoce; á un tonto se le dice lo que se callaría á un discreto, por temor á maliciosas interpretaciones; en suma, cualquiera se fia de un tonto, creyendo que no explotará en provecho propio lo que se le confie.

La experiencia, sin embargo, demuestra lo contrario.

El político tonto llega á ministro, cuando el hombre que está al frente de los destinos de un pueblo necesita rodearse de figuras decorativas.

El empleado tonto permanece en su puesto, mientras el discreto deja el suyo cuando lo cree incompatible con su dignidad.

Y así los tontos de todas las clases y profesiones.

En resumen, el tonto, de cualquier clase ó condición que sea, siempre queda á flote.

Los obstáculos que detienen al hombre de talento no preocupan á los tontos, que los salvan sin escrúpulos ni vacilaciones.

Los tontos van derechos á su objeto, sin importáseles un ardite incurrir en contradicciones, porque la tontería es la disculpa de la torpeza y la ignorancia.

Entiéndase bien: que tomo la palabra tonto en el sentido recto, no en el que generalmente se le da.

Porque hoy se llama tonto al hombre que pospone su interés á su dignidad, su bienestar á su buen nombre y su vida á su honra.

El que ocupa elevados puestos y baja de ellos sin un ochavo; el que no intriga para medrar ni se vende para subir; el que ha tenido en sus manos la fortuna de cien familias y no ha hecho la suya; el que no reniega de sus principios cuando puede resaltarle algún medro; el que tiene escrúpulos de honradez; á todos estos se les califica de tontos, como también al que no explota la desgracia

ajena, ni se aprovecha del trabajo de los demás, ó pretende vivir únicamente del suyo.

Y bien mirado, si la cuestión está en tirando lo mejor posible, si el instinto de conservación debe sobreponerse á todo, hay que convenir en que los únicos hombres de talento son los tontos.

1878

CASTIGOS

por

ROBERTO ROBERT

(CONCLUSIÓN)

No está bien averiguado quién inventó las blasfemias contra Dios, si bien hay graves fundamentos que fueron estas debastadas por los enciclopedistas asiáticos y han sido perfeccionadas por los federales españoles.

Como los modernos son tan frívolos, no se han ocupado de poner en claro un punto de tanta importancia, así por lo que respecta al lenguaje humano en general, como por lo que atañe al culto divino y al desarrollo de la fe.

Pero es lo cierto que los antiguos, previosores en todo, adivinaron que con el tiempo los hombres se habían de dedicar á las ciencias naturales, y que por consiguiente blasfemarían con frecuencia, porque la cosa lo trae de suyo.

Así el rey sabio, el que mandaba coger á los hombres en calderas, ideó y dió como ley que si andando el tiempo algún rico-home denostara á Dios ó á Santa María ó á los otros santos, perdiese sus tierras por un año la primera vez, por dos años la segunda y para siempre la tercera.

Si en vez de ser rico-home el denostador era caballero ó escudero, perdía también la tierra (si la tenía) en la misma proporción antedicha; pero si no tenía tierra y tenía caballo y armas, eso perdía; sino, la bestia que tuviese; si no, perdía el vestido más nuevo.

Por donde se ve cómo el poseer un perro de caza y unos calzoncillos, dependía del modo de expresar cada cual la vehemencia de sus pasiones, y cómo, si se aplicara hoy esta ley, habría pueblo donde andaría encueros todo el vecindario.

* *

Pero como no todos eran entonces caballeros y escuderos, adivinando el legislador que también podría ser que blasfemaran los ciudadanos ó los moradores de las villas, dispuso que éstos la primera vez, perdiesen para siempre la cuarta parte de cuanto poseyesen; la segunda vez, la tercera parte; la tercera vez, la mitad, y la cuarta vez era echado del lugar.

* *

Figúrese ahora el piadoso lector, el tono que se da todo pelele que tenga un duro en el bolsillo para divertirse.

Imagínese, que no es muy difícil, que un hombre de esos, sujeto á la ley á que nos referimos (Partida VII, tít. XXXVIII, ley 4.^a), pone el pie sobre una cáscara de melón, resbala y suelta un terno.

Este hombre se ha quedado ya con solos 15 reales.

Al irse á caer puede tropezar con un transeunte que le rechace con impetu, y soltar otro terno: ya no tiene más que un escudo.

Del empujón, puede dar contra la pared y echar otro denuesto, y no flojo, por su boca: ya no le quedan mas que cinco reales.

Lo echan del lugar violentamente los ministros de la ley, y él en su desesperación llega á las afueras de Madrid bien escarmentado.

¿Y si ni siquiera dos escudos poseyera el que blasfemare?

¡Ah! este debía recibir la primera vez cincuenta azotes, que, como se ve, equivalían á la cuarta parte de cuanto pudiese poseer el mayor potentado de la tierra; la pena por la segunda vez era marcarle los labios con un hierro ardiente, que tuviese grabadas las letras B. E., y la tercera vez, por deslenguado le deslenguaban, es decir que le cortaban la lengua.

Por esto no era fácil en cierto tiempo que un hombre de bien pudiese amar á un mudo.

¿Quién respondía de que el mudo no fuese un blasfemo?

Ni á un manco, porque ¿no era de sospechar que fuese un falsario castigado?

Ni á un cojo, porque podía ser forzador de monjas.

Ni á ningún lisiado, porque lo más seguro era ver en él un castigo del cielo ó de la tierra.

Temeridad sería en nosotros el suponerlos capaces de apurar el precioso capítulo de los castigos, á que debió su glorioso esplendor el gran período histórico más calumniado por los modernos.

Sólo de lo referente á la pena de azotes podríamos escribir un abultado volumen, porque se aplicaban á un sinnúmero de acciones humanas verdaderamente funestas, que en nuestros días se cometen impunemente... pero no tan impunemente por fortuna, que bien nos castiga el cielo consintiendo entre nosotros los derechos individuales y la presencia de moros y judíos en nuestro clásico suelo, sin que ningún hombre de bien pueda quemarlos ni apedrearlos, porque hoy sería mal visto; y por temor de los tribunales de la tierra olvidamos el tremendo castigo que nos impondrá el tribunal del cielo cuando airado nos pregunte: «¿Cuántos moros abrasásteis?» Y avergonzados tengamos que responder: «Ni uno.»

En otro tiempo...

Pero señor, si lo sabemos, ¿por qué ni lo imitamos?

Un grande impio, que creo que se llama Víctor Hugo, fué causa de que se introdujeran aún mayores relajaciones en los modernos sistemas penales (que ya casi no merecen tal nombre), dando pie para la invención de las hipócritas y engorrosas circunstancias atenuantes.

¿Cuándo conocieron los tiempos religiosos semejantes embolismos?

El *Fuero de Bejar*, que tengo á la vista, eco fiel de la sana severidad de su tiempo, dice: «Muera el forastero que mate á un hombre de Béjar, sin que le valga el sagrado del altar;» y muera ¿de qué modo?

Ó gase sobre este y otros puntos:

«*Todo omne de otra uilla que omerilio fixiere en Bejar sea despennado ó enforcado; ni l'uala eglesia, ni palazio, ni monesterio magüer que el muerto fuese enemigo ante que Bejar se poblase ó despues.*»

Esto de despeñar no se crea que era capricho de un legislador que se entregaba á experimentos sobre la caída de los graves; era remedio tan común como hoy la flor de tila ó la manzanilla.

El mismo *Fuero* dice con sencillez y lacónismo envidiables:

«*Qui furtare, despennarlo otrosí.*»

Pagaba frecuentemente cada miembro el daño que causaba. Cortar la lengua al que altera un relato, ¿hay cosa mas natural?

«*Si algún de los andadores fuer al rey por fiel, é mudar el iudizio que fuer dado en corte de rei, taíenle la lengua.*»

Algunas veces pagaban por aproximación, como cuando dice el *Fuero*:

«*Qui ficer fuerza á monia despernenlo, sil podieren prender; si non peche D sueldos de lo que ovier.*»

Por herir á moro ajeno, se pagaban cinco sueldos; por matarle se pagaban quince maravedises, é non mas, dice el *Fuero*.

Esto en tiempo ordinario, cuando el moro servía casi de estorbo.

Pero venía el tiempo de ferias, período en que moros y judíos concurrían á aquellos mercados y con sus compras y ventas podían contribuir al fomento de los intereses de la villa, y entonces la vida del moro y el judío eran casi sagradas y se castigaban como era debido, que bien merecía el matador ser enterrado vivo con su víctima.

«*Qui uinir á estas fertas, xtiano, moro ó iudio, uenga seguramiente, é qui mal le fixiere ó le trabajare, al rei M moravetinos peche en coto, é el danno duplado al querelloso; é si non ouier onde lo peche, espiéndelo el cuerpo: QUI LO MATAR, SOTERRAR EL UIUO SO EL MUERTO; si firiere, taíarle la mano: qui arrambare alguna cosa peche al rei M moravetinos en coto y el danno duplado al querelloso: si non ouier onde lo peche, DESPENNARLO.*»

Véase ahora una bella gradación, que

prueba lo estudiadas que estaban las equivalencias entre hombre y hombre y entre delito y pena.

El que mataba á un moro fuera de ferias pagaba quince maravedises.

El que mataba moro en ferias, era enterrado vivo con él.

El que vendía á un cristiano, era quemado.

«*Qui matar ó ferier al sennor de la uilla, ó traier castiello, fáganlo todo piezas, miembro por miembro.*»

«*Mugier que prendieren con moro ó iudio, quémelos á amos.*»

Y quien más quiera saber de esto, digo yo, lea el resumen de *Fuero de Béjar* que, con el *Fuero de Salamanca*, ha publicado mi compañero y amigo Sánchez Ruano, que de ese libro he sacado yo lo poco que de Béjar dejo apuntado.

Por otra parte, ¿qué podríamos añadir á lo dicho sobre penas y castigos para ahondar en los lectores la convicción de que los tiempos pasados nos llevaron enorme ventaja, así en la justicia como en lo original y vario de sus aplicaciones? Poco ó casi nada.

En muchísimas cosas basta suponer cómo se castigarían hoy, para asegurar que entonces se castigaban de un modo enteramente opuesto.

¿Sería de extrañar, por ejemplo, que con el afán que nos acosa de crear y ensanchar poblaciones, se condenase en nuestros días á algún culpable rico á levantar casas?

Pues entonces á los que cometían ciertos delitos les derribaban las suyas.

Del mismo modo que así como á ciertos delincuentes se les encierra, entonces se les sacaba vergonzosamente al público.

Hoy es gala de cuchilleros hacer las puntas de los cuchillos de monte y otros con punta muy aguda y muy templada para que resista sin quebrarse.

Entonces se castigaba no sólo al cuchillero que vendiese cuchillos puntiagudos, sino que aún tenía pena pecuniaria el que andaba con vaina grande de cuchillo.

¡Oh, aquellos tiempos!...

Admirémosles, venerémosles, imitémosles en toda cosa, pues ya véis *quod erat valde bona*.

Retrocedamos todo lo posible para mejorarnos, olvidemos lo aprendido, ignoremos lo sabido, convirtamos en presente lo pasado, resucitemos lo muerto, y si no nos es dado alcanzar la suma perfección de aquellos tiempos en que no se sabía leer, lleguemos siquiera á aquellos otros en que se había quemado en fuego al autor de un libro como el presente.

FIN

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID